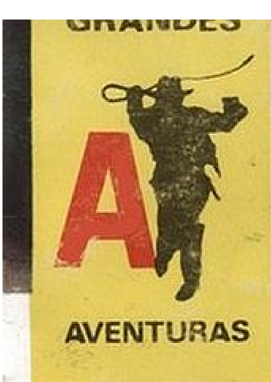
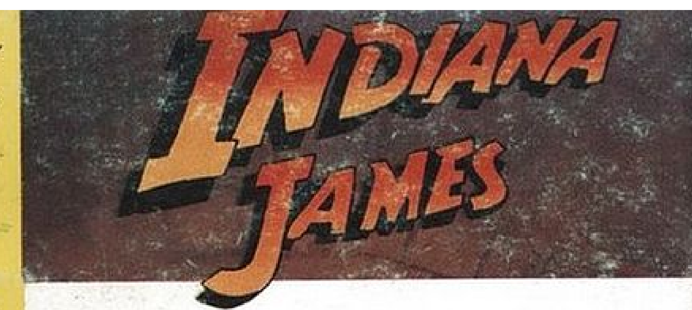




VACACIONES, MALDITAS VACACIONES

Volví a New York cuando me cansé de vagar por Europa, y lo hice de la manera que ya se estaba convirtiendo en habitual: llamada a Zenna Davis, del New York Times y sablazo.

Llamé a cobro revertido, claro.

Zenna Davis pagó los pasajes sin pedir nada a cambio. Como siempre.

Me vino a buscar al aeropuerto, como siempre.

Me llevó a casa, como siempre.



Indiana James

Vacaciones, ¡malditas vacaciones!

Bolsilibros - Indiana James - 25

ePub r1.0
LDS 05.05.18

Título original: *Vacaciones, ¡malditas vacaciones!*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Volví a New York cuando me cansé de vagar por Europa, y lo hice de la manera que ya se estaba convirtiendo en habitual: llamada a Zenna Davis, del New York Times y sablazo.

Llamé a cobro revertido, claro.

Zenna Davis pagó los pasajes sin pedir nada a cambio. Como siempre.

Me vino a buscar al aeropuerto, como siempre.

Me llevó a casa, como siempre.

Se quedó a dormir, como siempre.

Y a media noche, cuando yo dije aquello de: «Debe de ser porque estoy muy cansado. ¡No me había pasado nunca!», Zenna saltó de mi cama y me gritó:

—¡Pues procura descansar! No se puede estar corriendo por el mundo salvando a media humanidad un día, y a la otra media el siguiente. Tómate unas vacaciones y, cuando estés repuesto… ¡Avísame!

A la mañana siguiente salí a la calle dispuesto a comerme New York, y cada vez que me tropecé con un viejo amigo, oí lo mismo:

—Indy… Te veo cansado, avejentado… ¡los años no pasan en balde! ¿Por qué no te tomas unas vacaciones?

Indignado, me prometí no volver a saludarles, pero después, ante tanta insistencia, pensé que quizá tendrían algo de razón. Así que… ¿Por qué no hacerles caso?

Lentamente la idea fue abriéndose paso en mi cerebro; vacaciones, lectura, música, tranquilos paseos, copas con los amigos en elegantes locales, películas que siempre había querida ver. ¡No tenía mal aspecto aquel programa!

Volví a casa y me examiné detenidamente en el espejo: Estaba

pálido, ojeroso y con aspecto cansado.

Sí. Era el momento de tomarme unas vacaciones. Lo necesitaba.

Me lo repetí en voz alta, tres veces, para prometerme a mí mismo que no me traicionaría.

Nada más terminar de decirlo, el mundo entero pareció cambiar.

Mi biblioteca, en la que se amontonaban los libros pendientes de leer, me pareció una selva prometedoramente virgen que debía de explorar con toda urgencia, la cartelera de teatro y cine, se asemejaba a un puzle del que quisiera conocer todas las piezas…

La primera persona a la que debía de comunicárselo, era Zenna Davis, así que me lancé al teléfono dispuesto a anunciarle la buena nueva.

—Zenna Davis, por favor —le dije a la amable telefonista que me atendió.

Escuché la llamada por el teléfono interior, lo descolgaron y un ensordecedor griterío me golpeó en los tímpanos. Me habían puesto con la redacción.

La voz de Zenna se acercaba hacia el teléfono gritando mil cosas a mil personas.

—Termina de redactarlo y pásaselo al jefe… ¡NO! Ése no es el tono para una noticia de ese tipo. Tienes que escribirlo de una forma más suave, dorando la píldora para meter caña al final. ¿Comprendido? ¡Y tú, apresúrate con lo tuyo! Si no sale en la próxima edición, mañana será ya historia… —Y destrozándome el tímpano, me gritó—: ¿Quién es? ¿Qué desea? ¿Con quién quiere hablar? ¡Diga algo! ¿Se ha cortado? —Interrogó compulsivamente Zenna.

—Soy Indy. He decidido seguir tu consejo y tomarme unas vacaciones. —Lo dije todo de un tirón, ya que es muy difícil meter una sola frase en medio de un monólogo de mi amiga. Y ella siempre hacía monólogos.

—E… es… ¡Maravilloso! ¡Es estupendo! Tú solo tienes que preocuparte de descansar. Yo haré el resto, me encargaré de todo. ¡Tenemos que celebrarlo! Esta noche comenzaremos con una copa en Cristal, después iremos a cenar a
Aldredo's,
tomaremos un long-drink en La Comisaría, iremos a bailar al Paraíso de las Dunas, y al Palacio del Rock, y a La Catedral… y al

final iremos a tu casa y…

Le lancé un jarro de agua fría por la cabeza:

—Creía que habías dicho que necesitaba descanso…

Hubo un silencio al otro lado de la línea telefónica.

—Mejor me paso por tu casa cuando saiga de trabajar. No te preocupes de nada. Llevaré la comida, la bebida… Tú descansa, no te muevas. Pasaré a las siete y media. ¿Te parece bien?

Me pareció estupendo. Eso significaba que tenía por delante todo un día para mí sofito.

Y no hay mejor forma de empezar el día que una buena ducha. Me dirigí hacia ella canturreando de satisfacción. No siempre en mis viajes por el mundo me puedo permitir estos lujos.

¿Lujos?

No era un día de ducha… ¡Era un día de baño! Y acompañado de un buen cigarro, un vaso de *whisky*, un libro…

Sólo de pensar en tantos placeres juntos, se me ponía la carne de gallina. ¡Vacaciones, malditas vacaciones!

Taponé el desagüe de la bañera, abrí el grifo del agua caliente y me dispuse a ir en busca de mi lectura.

De golpe, todos los puntos cardinales de mi viejo cuarto de baño se volvieron locos: el suelo se vino hacia mis narices, el techo se perdió a mis espaldas, el pomo de la puerta me golpeó en el hombro, mi mano izquierda se aferró desesperadamente a las cortinas de la ducha, que se negaron a aguantar mi peso y cayeron arrastrando con ellas la varilla metálica que las sujetaba, el armario donde guardo las tiritas, el vaso con el cepillo de dientes…

En pocos segundos, un terremoto parecía haber pasado por el apartamento.

Desde el suelo, donde había caído como un sapo, vi a la culpable: una resbaladiza y traicionera pastilla de jabón camuflada bajo la alfombrilla.

Me reí. Sí, me reí solo, como los locos.

¿No les parece que tiene gracia que yo, Indiana James, cayera derrotado en mi casa por una humilde pastilla de jabón?

Si mis enemigos llegaban a enterarse, mi reputación quedaría por los suelos, tal y como yo estaba en aquellos momentos.

Me incorporé decidido a no dejar que aquel incidente me estropease el día. «Éste» día.

Yo, Indiana James, había prometido a Indiana James, que durante una semana no iba a hacer otra cosa que descansar, y relajarme rodeado de buenos alimentos, buenos espectáculos, buen humor…

Estuve una hora en la bañera, y cuando salí, ronroneaba como un gatito en el regazo de Bo Derek y ni me acordaba del batacazo. Estar dentro de un confortable albornoz es uno de los placeres que me puedo permitir en muy pocas ocasiones.

El siguiente punto de mi «orden del día» era la música. Elegí cuidadosamente el disco: A night in Tunisia, de mis «viejos amigos» Charly Parker y Dizzy Gillespie.

Cuando las conocidas notas del comienzo del disco inundaron la habitación, me sentí un hombre nuevo.

El segundo punto era la lectura. Había tantos libros «que tenía que leer» que el hecho de tener que seleccionar solamente uno me podía llevar un montón de horas. Así que permití que el azar decidiera por mí: estiré el brazo hasta el estante y lo cerré sobre lo primero que tropecé.

No estaba mal. Adiós a las armas, de Ernest Hemingway. Otro viejo amigo que había sabido conjugar perfectamente la aventura y el descanso. ¡Toda una premonición!

Arrojé por la fregadera los restos de mi vaso de *whisky*, coloqué cubitos nuevos, una ración más que generosa, y me dejé caer sobre el confortable sillón, dispuesto a leer.

¡RIIIINNNNGGGG!!!

El teléfono no me dejó acabar el primer párrafo del primer capítulo. Descolgué.

—¿Dígame?

—¿El señor Indiana James? Soy Preston Scott, del National Geographic.

No necesitaba decir nada más. El National Geographic es una de las revistas más prestigiosas entre el público por la calidad de sus reportajes, y entre los periodistas por la generosidad con que pagan.

—Necesitamos sus servicios para un reportaje sobre los fiordos noruegos y las islas Lofoten. Ya sabe, hombres en lucha con un entorno duro y difícil. Lo necesitamos para dentro de una semana. Cinco mil dólares más los gastos. ¿Acepta?

Durante años había estado suspirando por hacer un reportaje

para esa revista. ¡Y se les ocurría proponérmelo, justo cuando acababa de prometerme que no movería ni un dedo en unos días!

Esto es lo que se llama un «golpe bajo» de la vida.

—Lo siento, Preston, pero… —No me pareció prudente decirle la verdad: me desagrada que se rían de mí—. Esta mañana he aceptado un trabajo muy interesante… extraer muestras de lava del fondo del Etna.

—De acuerdo. Si lo volvemos a necesitar, ya le llamaremos.

Por el tono que utilizó, me pareció que ya no me necesitarían nunca.

Maldije mi mala suerte, pero me sentí reconfortado por haber seguido fiel a mis principios. Tomé nuevamente el libro, y comencé a buscar el punto en el que me había quedado, cuando…

¡RIIIINNNNGGGG!!!

Descolgué de un manotazo. ¿Era esto el famoso descanso?

—¡Diga! —Le grité a mi anónimo incordiante.

—¿El señor James?

—¡Sííí! Y usted… ¿Quién es?

—Jim Burden, de la Luxury Transworld Ltd.

Dejó transcurrir unos segundos de silencio, para que yo me arrodillara y me pusiera a su disposición: la Luxury es una agencia de viajes especializada en pasear a ancianos millonarios por todo el mundo.

—Deseamos contratarle para acompañar a un grupo de nuestros clientes. Una expedición al Tíbet, en la que irá asistido por dos chóferes, dos cocineros, cuatro guardaespaldas, dos guías del lugar… Usted sólo tendrá que preocuparse de sus seis turistas. Resumiendo: siete mil quinientos dólares y todos los gastos pagados.

Dejó transcurrir otro silencio, convencido de que yo debía de estar babeando de satisfacción.

—¿Qué me responde, señor James? —Su voz tenía el tono inconfundible del que sabe que ofrece algo que no puede ser rechazado de ninguna manera.

—Lo siento, señor Burden. Hoy mismo salgo para Noruega… ¡No sabe lo que lo lamento! Si pudiera anularlo, pero ya está todo listo. Me espera allí el equipo de filmación… ¡No puedo dejarles plantados! Cuando me comprometo, cumplo. Es una cuestión de

profesionalidad. En cualquier otro momento que me necesiten, estaría dispuesto a…

¡CLICK!

No hacían falta más explicaciones; tampoco me llamarían nunca.

Estas vacaciones me estaban empezando a costar demasiado dinero, y no estoy en condiciones de rechazarlo. Me consolé pensando que era un estúpido majadero fiel a sus principios.

Desde la contraportada de la novela el viejo Hemingway me contemplaba con una sonrisa irónica.

Abrí el libro nuevamente y busqué el punto en el que me había quedado.

¡RIIIINNNNGGGG!!!

¡Aquello ya era demasiado! No sólo me hacían vacilar en mis decisiones, sino que no me dejaban leer tranquilo.

Descolgué con rabia homicida.

—¿Qué tripa se te ha roto? —Pregunté furioso al teléfono.

—¿Indy? Soy Johnny Nowells, de fa CBS. ¿Qué te pasa?

Mi viejo amigo Johnny. Uno de los pocos periodistas que le gustaba estar donde caían las bombas, mirando hacia arriba y enfocándolas con su vieja Leika. En más de una ocasión habíamos enseñado el trasero a los mismos peligros, perseguido a la misma chica y emborrachado de la misma botella.

—Tengo «algo» muy bueno para ti. Siéntate y escucha. Estamos preparando una serie de documentales sobre los últimos paraísos perdidos: Maldivas, Seychelles, Tonga… Los productores están buscando un tipo con pinta de aventurero, para que presente la serie. Querían contratar a un actor profesional y se lo ofrecieron a Harrison Ford, pero estaba comprometido para rodar la séptima entrega de La Guerra de las Galaxias. Así que yo les dije que conocía al auténtico Indiana. Me callé el apellido y les conté algunas cosidas que te habían sucedido, sin exagerar ni un ápice. Me dijeron que te buscara y que te contratara a cualquier precio… ¿Qué te parece?

Yo estaba escuchándole sin respiración. ¿Qué es más lícito: traicionarse uno mismo, o dejar a un amigo en la estacada, después de haberle contado terribles mentiras? ¿Qué harían ustedes?

Seguro que obrarían con sensatez.

Yo no.

—Lo siento, Johnny, tengo un compromiso…

—¿Qué dices? ¿Estás borracho tan temprano?

—De verdad que lo lamento. Me he comprometido a llevar al Nepal a un montón de viejos millonarios…

—¡Pero, Indy!

—Viajan acompañados de sus tiernas sobrinitas…

—Los sitios que te he mencionado están llenos de bellezas…

—Me pagan… ¡Veinte mil dólares! Veinte mil dólares por diez días… ¡No puedo! —Mentí mientras se me saltaban las lágrimas.

—Cuánto lo siento, Indy. ¡Otra vez será! ¡Que haya suerte!

Colgamos a la vez.

El, seguramente, estaría consultando su agenda. Yo me dirigí al espejo del lavabo y comencé a insultarme.

Y no era para menos: He recorrido el mundo de Norte a Sur y de Este a Oeste, me he metido en todos los agujeros infectos que se me han presentado, he estado a punto de perder el pellejo en miles de ocasiones, he pilotado hasta cohetes espaciales, no existe asunto sucio en el que no haya metido la nariz, he defendido al presidente de mi país, me he dejado machacar los huesos por todo tipo de criminales… ¡Y todo eso sin cobrar ni un centavo!

Y, ahora que me ofrecen una fortuna por poner mi cara bonita delante de un aparato de TV, digo que no.

¿Tan difícil es decir SI?

Para colmo, debo dinero a amigos, parientes y conocidos… ¡Y he dicho que no tres veces a las fortunas que han llamado a mi puerta! ¡Tres veces!

He cambiado las mejores oportunidades de mi vida, por hacer unas vacaciones, que sólo los demás dicen que necesito.

La lectura había perdido todo el significado, me encontraba en mi casa como uno de aquellos viejos leopardos del zoológico, dando vueltas sin cesar en su reducida jaula. Ya nada podría ser igual que cuando me había levantado de la cama.

Me acerqué nerviosamente a la ventana y la abrí.

El insoportable ruido de la banda de música del Ejército de Salvación, se enfrentó cruelmente con A night in Tunisia. Al frente de aquellos terroristas del tambor y la trompeta, se hallaba una mujer que chillaba aún más que sus instrumentos, achacándole al alcohol todas las cosas malas de la vida: el terrorismo, el robo, las

violaciones, los secuestros de aviones… ¡Todo era debido a las funestas consecuencias del alcohol!

Cerré la ventana de un portazo y me dirigí a mi sillón dispuesto a reconciliarme con mi viejo y borracho amigo Ernest Hemingway.

Pero antes de dejarme caer sobre el mullido almohadón, decidí romper mi cordón umbilical con el mundo.

Me acerqué al maligno aparato causante de «casi» todos los males del mundo, es decir, me acerqué al teléfono, y lo descolgué.

Fue como si hubiera puesto en funcionamiento el mecanismo de una bomba de relojería.

¡¡¡¡SCRAAAASSSHHH!!!!

Primero estallaron en mil pedazos los cristales de la ventana que acababa de cerrar.

¡¡¡SHHHIIIUUUUU!!! ¡¡¡BANG!!!

Después, una bala pasó silbando entre el teléfono y yo, y se incrustó en un póster que había en la pared. Exactamente entre los ojos de un viejo marino que me contemplaba con sorna.

¡¡¡R
AT-A-TAT-TAT-TAT-TAT!!!

A continuación, un apretado rebaño de balas, entró en mi habitación, y se dedicó a destrozar cuantos objetos encontró a su alcance.

¿Qué estaba sucediendo?

Decidí descubrirlo desde el suelo, y protagonicé un instantáneo «cuerpo a tierra» que hubiera servido de ejemplo a las futuras promociones de marines.

Y después gateé angustiosamente, hasta situarme bajo la falsa protección de una mesita.

Ahora ya podía perder unos segundos en pensar.

CAPÍTULO II

Sonaron nuevos disparos. Oía perfectamente los gritos histéricos de la gente que huía y los golpes y frenazos bruscos de una circulación que parecía haberse vuelto loca.

Silencio… Aquello me extrañó.

Salí de mi improvisado escondrijo y me acerqué reptando hasta la ventana. Con el cuerpo completamente pegado al suelo, me di cuenta de lo sucio y descuidado que mantenía mi apartamento. Cuando terminara todo este maldito embrollo, tenía que dedicarle unas cuantas horas… o días a limpiarlo.

Llegué hasta la ventana, me coloqué de espaldas a la pared y me retrepé con el mayor sigilo. Me sentía observado y sabía que la persona que me había disparado, estaría esperando una nueva oportunidad.

¡¡¡R

AT-A

T

AT-TAT-TAT!!!

Fue una ráfaga corta, seguida de una colección de gritos desesperados. Debía de tratarse de un subfusil, o de un fusil de asalto y, a juzgar por los «cráteres» que había hecho en la pared, el calibre era considerable: munición de combate.

Giré sobre mis posaderas con suma precaución y, ya en cuclillas, hice un, movimiento vertical y hacia arriba. Se trataba de ver sin ser visto.

Asomé ligeramente los ojos, con intención de localizarlo. Pero no conseguí verlo.

El sonido de los disparos parecía provenir de un edificio situado al otro lado de la calle, pero no estaba en la mejor posición para

asegurarme: tenía que encontrar un observatorio mejor.

Y eso sólo podía ser la azotea de mi casa.

Queda muy bonito decirlo así, pero el primer problema que se me planteaba era el de conseguir salir de mi salón, completamente batido por el punto de mira del fusil de mi enemigo, como va había podido comprobar.

¡¡¡R

AT-A-TAT-TAT-TAT!!!

Una nueva invasión de plomo inundó mi apartamento. ¿La había tomado conmigo aquel tipejo? ¿Por qué no hacía un reparto más equitativo entre todo el vecindario?

Todo esto lo pensaba mientras me ponía a salvo en el único punto posible: el espacio de pared situado entre ambas ventanas.

Una de las balas terminó con el saxofón de Dizzy Gillespie, que se despidió abruptamente de «Tunisia» y emigró a lugares más seguros.

¡Aquello era imperdonable!

Lo peor fue que, a continuación, el paranoico de la casa de enfrente, comenzó a demostrar su puntería sobre mis novelas de Enid Blyton, y de Asimov, y de Stephen King, y de Stanley Ellin…

¡Tenía que hacer algo contra aquel loco!

Mi irritación llegó al máximo cuando disparó sobre mi colección de viejos *Play*-Boy y Penthouse.

¡Eso sí que no! Después de la de Jessica Hart[1], eran las fotos de chicas que más quería en este mundo.

Salí de mi madriguera completamente enfurecido. Las balas comenzaron a llover sobre mí. Era muy peligroso pero, por lo menos, había salvado a mis bunnies y mis playmates.

Zigzagueé entre los restos de lo que había sido mi humilde pero acogedor cuarto de estar.

Y creo que me salvó la casualidad: una de las balas perforó la cinta de la persiana, que se desenrolló y cayó con un estruendo ensordecedor.

Fueron unos pocos segundos. Los suficientes para que saliera por la puerta del salón, saltara por el pasillo, abriera la puerta del rellano y descubriera que estaba más concurrido que el Yankee Stadium el día de la final de la Copa de Béisbol.

Allí estaban todos mis vecinos. No conocía a casi nadie, ya que

mis estancias en mi casa son muy breves, pero las caras de todos ellos me resultaban familiares. Al frente del grupo, y dirigiéndolos, se hallaba mi casera: una mujer con aspecto de mercenario del Viet-Nam,
con un cigarro permanentemente entre los labios y a la que la palabra «peluquería» no le sonaba a nada conocido.

—Señor James… —dijo a la vez que colocaba los brazos en jarras y me miraba fijamente a los ojos—. ¡Le imaginaba salvando ballenas en el Sahara o persiguiendo beduinos en Groenlandia!

No se trataba de que mi casera tuviera un especial sentido del humor. Lo que ocurría es que sus nociones de Geografía son bastante escasas.

—¿Qué le parece todo esto? —preguntó alzando los brazos, como un triunfador en la meta—. ¡Con la de impuestos que pagamos…! Bien que se cuidan de cobrarlos, pero a la hora de pedirle a la policía que acuda con rapidez, donde se la necesita… ¡Ah, no! Eso es otra cosa.

Asentí con la cabeza, y me dirigí hacia las escaleras, para procurar llegar al tejado.

No pude: sus zarpas se apoderaron de las solapas de mi albornoz, y me atrajo hacia ella, con energía.

—Hablando de pagar… ¿Recuerda el número de meses que me debe?

—No creo que sea el momento de discutir eso. ¡Además, sólo sé contar hasta cien!

Me soltó, a la vez que me propinaba un codazo en las costillas y se volvía hacia el resto de los inquilinos, lanzando grandes risotadas.

—¡Qué hombre, tiene salidas para todo!

Consiguió que todos me miraran con admiración. Sobre todo una vecinita nueva, una chica de veintipocos años, que no apartaba la vista de la parte de mi albornoz que se había abierto al ser cogido por las solapas.

Me cubrí aceleradamente, me despedí de todos y anuncié mi propósito de subir a la azotea para acabar con el loco.

La casera me colocó la gorra de visera como si fuera a rosca.

—Llévese esto. Siempre le ha dado suerte.

Se lo agradecí y comencé a saltar por los escalones. Lástima de

balas desperdiciadas en el Penthouse, teniendo un blanco tan majestuoso como mi casera.

—¿Piensa enfrentarse así con ese loco? —Oí que decía mientras me perdía de su vista—. ¿Por qué no firma un talón antes de acabar con ese asesino?

No le hice caso. No me gusta ese tipo de comentarios que demuestran que se tiene poca confianza en mis habilidades.

Los vecinos del piso superior habían encajado con sabía filosofía la situación: un aparato de TV, y una improvisada mesa sobre la que están jugando unas manitas de póquer, me dio a entender que el neoyorquino es un ser que se habitúa a todo.

Contestaron maquinalmente a mis «buenos días» sin asombrarse de mi vestimenta y gorra.

Por fin, llegué a la puerta que daba a la azotea.

Podía optar por varias formas de abrirla y salir al exterior. La patada violenta era la más rápida, pero llamaría la atención del «chico del fusil».

Me decidí por entreabrirla con cuidado y dar un vistazo.

La casa de enfrente era un piso más alta que la mía. Y sobre su azotea pude ver, fugazmente, la silueta de mi enemigo, que desapareció de mi vista en un segundo.

Aquello me tranquilizó y pude asomar más la cabeza y estudiar la situación. ¡No era nada tranquilizadora!

Por encima del murete que rodeaba la azotea, se podían ver, en ordenada hilera, las bocachas de un buen número de fusiles, subfusiles, rifles, escopetas… ¡todo un arsenal! Varias granadas de mano se apilaban en las esquinas, esperando a ser usadas.

Mientras estudiaba todo esto, el fulano volvió a aparecer en uno de los extremos: era la viva imagen de un veterano de
Viet-Nam:
cara tiznada, gorra de camuflaje, cazadora de muchos bolsillos, varias cananas repletas de munición rodeándole el torso… ¡Aquel tipo tenía una indigestión de «Rambo»!

Uno de tantos «Charlies» que no habían encajado bien su regreso de
Viet-Nam.

Sostenía en las manos un «M.» 16 con mira telescópica y llevaba encajado un cargador doble, sujeto con esparadrapo.

En una décima de segundo se puso el fusil al hombro y abrió fuego varias veces, tiro a tiro.

El blanco quedaba fuera de mi ángulo de visión, pero debía de moverse con rapidez, ya que «Charly» se desplazó a lo largo del muro buscando mejorar su punto de disparo.

Era mi oportunidad. Aproveché que estaba entretenido y salí a la azotea. Rápidamente corrí hasta quedar protegido detrás del murete de piedra.

«Charly» podía batir todo el terreno, excepto esos pocos centímetros que quedaban a cubierto de la barandilla de piedra. No sabía si me había visto, pero no me pareció oportuno asomar la cabeza, ya que sus disparos habían cesado. Busqué con la mirada y encontré un trozo de madera que podía servir a mis propósitos. Coloqué en uno de sus extremos, mi querida gorra de béisbol y la asomé moviéndola de izquierda a…

¡¡¡R
AT-A-TAT-TAT-T
AT!!!

No llegué a dar el movimiento completo. Mi querida gorra salió despedida y se perdió por la puerta que daba a la escalera.

—¡Adiós mis alquileres pendientes! —Oí que exclamaba mi casera.

Ya me ocuparía luego de ella. Ahora tenía que concentrarme en «Charly».

De momento sabía, que me había localizado, que podía batir con sus disparos casi toda la azotea, que tenía buena puntería… y que no convenía confiar en que se le agotaran las municiones.

¡¡¡R
AT-A-TAT-TAT-TAT!!!

Una nueva ráfaga de balas arrancó unos centímetros de altura al murete que me protegía.

Mi territorio se reducía a medio metro de ancho por veinte de largo. Y no es que pudiera hacer mucho en aquellas condiciones. ¡Se trataba de encontrar algo verdaderamente brillante para salir vivo de allí! Ya me preocuparía después de neutralizar a «Charly».

Descolgarme por los aires hasta su azotea, era una locura. Intentar alcanzar la puerta de la escalera y unirme a los jugadores de póquer, era un sueño irrealizable. Quedarme allí en espera de

que la policía acabase con él, era lo más sensato.

Hice justo lo contrario.

Alguien muy famoso, que no me acuerdo cómo se llama, dijo aquello de: «La mejor defensa es el ataque».

Quien fuera lo dijo.

Yo lo intenté poner en práctica.

En un rincón del tejado estaban los viejos tubos de la antigua antena de TV. Si los encajaba, medirían unos diez metros, más que suficiente para utilizarlos como pértiga y…

No me preocupé de que tendría que propinarme un impulso considerable, de que debería de ser muy rápido en la carrera, de que tendría que saltar hacia arriba…

No. Yo no pensé en nada de esto. Me limité a gatear hasta los tubos y a comenzar a empalmarlos. Después, en mi reducido territorio, tanteé la pértiga para averiguar su peso y su resistencia.

Parecía capaz de aguantar lo que yo intentaba, pero sólo lo sabría cuando lo pusiese en práctica.

Ahora venía lo peor: averiguar cuál era el momento mejor para introducirme en el Libro Guiness de Records, sección de suicidios. No me apetecía enseñar la cabeza y ofrecérsela como blanco a «Charly», así que no tenía más remedio que esperar hasta oír disparos. Eso sería señal de que se hallaba entretenido.

Afortunadamente al chico le gustaba darle al gatillo, y la ocasión se presentó en pocos minutos.

Yo no lo dudé ni un instante: me incorporé de un salto y corrí furiosamente hasta el otro extremo de la terraza. Allí blandí mi pértiga y avancé hacia el murete.

No me preocupó el hecho de que no tenía bastante distancia para tomar la suficiente carrerilla. Mis ojos estaban entretenidos en vigilar atentamente a «Charly», al punto donde iba a apoyar mi pértiga, al lugar donde posaba mis pies…

Casi antes de haber soltado el aire que retenía en mis pulmones ya estaba saltando por los aires.

Los viejos tubos parecían aguantar. Yo subía, subía, subía… Mientras «Charly» parecía entretenido en masacrar peatones.

¡Iba a conseguirlo!

No. Repentinamente, todo mi artístico vuelo se detuvo. El tubo se había encajado dentro del agujero del desagüe y se limitó a

realizar un movimiento de vaivén, sin desplazarse hacia el terrado de enfrente.

Y yo en lo alto, como el premio de una cucaña.

«Charly» dejó de disparar y me miró.

Sonrió divertido, montó su «M.» 16, y me apuntó.

El primer disparo sonó tan cerca de mi oreja izquierda que supuse que nada le haría más feliz que fabricarme unos agujeros para pendientes.

Pero yo siempre he sido muy hombre, así que me deslicé, pértiga abajo, con la misma agilidad con la que se dejan resbalar los bomberos cuando suena la alarma.

En dos segundos había alcanzado el suelo, zigzagueando por la azotea, hecho un ovillo, y descendía como una pelota por las escaleras de mi vieja casa.

Los vecinos de la partida de póquer no se inmutaron. Mi casera se frotó las manos al ver resucitar un montón de billetes y la vecinita que antes había estudiado la abertura de mi albornoz, me miraba embobada.

¡Algún día tendría que explicarle a aquella chica, las muchas hazañas que he realizado a lo largo de mi vida!

La casera se acercó, sonriente, sosteniendo en sus manos mi gorra convertida en queso de Gruyere.

No sé si prefería ser blanco de «Charly», o que mi casera me hiciera una presa de «lucha libre», así que le arrebaté la gorra, murmuré una disculpa y salí corriendo hacia la calle.

Parecía un cuadro de El Bosco: el Ejército de Salvación no había conseguido salvarse, el chico del carrito de helados estaba congelado por el terror, habían frito al dueño del restaurante de enfrente, un policía se había detenido detrás de una furgoneta Chevrolet que no podía abandonar sin ser pasto de las balas de «Charly», y toda la calzada se hallaba sembrada de periódicos, zapatos, carteras, bicicletas…

Mirando con más atención pude ver a varias personas, aún vivas, que se hallaban parapetadas tras los coches.

Ahora, lo que me restaba por hacer era fácil: cruzar la calle, subir las escaleras y desarmar a «Charly».

Me lancé a toda velocidad hacia el portal de enfrente.

Conseguí dar dos pasos. Después, cada vez que iba a apoyar el

pie, encontraba el asfalto ocupado por una bala.

Me zambullí en mi portal de un salto.

Volví a estudiar la situación. Hasta mis oídos llegaba un llanto lastimero. Asomé nuevamente la cabeza, para averiguar de dónde provenía. Era un niño de pocos meses, en su carrito. Su madre yacía a su lado con la cabeza destrozada por una bala. El cochecito, afortunadamente, estaba protegido por un potente Ford. ¡Aquello me hizo hervir la sangre!

Me lancé en tromba sobre el carrito de los helados, sin preocuparme por los mensajes de plomo que me enviaba «Charly».

El dueño del carrito me vio llegar con los ojos desencajados por el terror. Y se asustó aún más cuando vio que comenzaba a empujar su negocio hacia la ruina.

Gateó desesperadamente para no quedar fuera de su protección.

—Oiga, es un carrito de helados… no es un tanque.

Lo descubrí precisamente en aquel momento, cuando una bala explosiva hizo impacto en el bote de chocolate, que se desparramó sobre mi albornoz.

Después llovió vainilla, pistacho, fresa…: lo que los entendidos llaman un tutti-frutti.

Abandoné la dudosa protección del carrito de helados, por la más sólida de un carrito de
hot-dogs.

«Charly» se volvía loco a cada uno de mis movimientos y lo celebraba haciendo un derroche de munición.

Esperaba, al menos, que al atraer su atención, otras personas pudieran ponerse a salvo, fuera del alcance de sus disparos.

Lentamente fui girando el carro, apuntándolo hacia el portal que buscaba y procurando que me protegiera de la mejor manera posible.

«Charly» había abandonado las balas explosivas y se dedicaba a disparar con ráfagas de munición normal.

Al tutti-frutti que llevaba encima, se unió un generoso chorro de mostaza sobre mi cabeza. Vistas las porquerías que anuncian últimamente, tales como extracto de algas, limones del Caribe, hierbas salvajes, zumo de yoyoba, clara de huevo al vinagre… no pensé que el champú de mostaza fuera peligroso para mi cabellera.

Había conseguido avanzar hasta el centro de la calzada, no sin

haber tenido que realizar un considerable montón de eses, rodear innumerables cadáveres, coches abandonados y demás obstáculos.

Pero yo, no podía detenerme. Si lo hacía, estaba brindando a «Charly» la oportunidad de afinar su puntería.

Repentinamente salí despedido, fuera de la protección del carrito de hot-dogs.

«Charly» había alcanzado el depósito de gasolina de uno de los vehículos abandonados, que había estallado con gran violencia.

Rodé por el suelo, mientras mis ojos buscaban desesperadamente una nueva trinchera tras la que protegerme.

Las balas iban siguiendo mi recorrido como perros de presa.

Me incorporé de un salto, buscando hacia dónde correr.

Y sólo había un punto: el portal de enfrente.

Olvidándome de las balas, me lancé hacia allí, con la misma potencia de un Fórmula 1 turbopropulsado.

Hice la carrera de obstáculos más desesperada de toda mi vida, ya que «Charly» parecía no querer acabar conmigo y dedicarse a jugar al gato y al ratón.

En lugar de alcanzarme con sus disparos, se divertía creando ante mí, infranqueables barreras de balas, que me obligaban a retroceder, correr hacia los lados, dar vueltas…

Decidí poner a prueba sus ganas de jugar, y avancé decididamente hacia una de sus cortinas de plomo.

No llegué a comprobar su decisión.

Bruscamente el suelo se hundió bajo mis pies.

La tapa de alcantarilla que había pisado, cedió y yo caí en su interior, con la misma energía que un niño se lanza por un tobogán.

CAPÍTULO III

El mundo desapareció de mi vista en cuestión de segundos. El alarido que lancé debió de aterrorizar hasta al mismísimo «Charly». Después, todo fue oscuridad y una ensalada de golpes por un tubo húmedo, viscoso y maloliente.

Caí golpeándome con todo tipo de tuberías y conductos. Yo hacía esfuerzos desesperados por sujetarme a algo que me permitiera detener mi caída, pero estaba atravesando las conducciones de agua caliente, las tuberías de desagües, los cables telefónicos… y cada intento de asirme a alguno de ellos era una dolorosa experiencia.

¡TAAANG! ¡CLOCKK! ¡THOOOMB! ¡STIIING!

Por fin, el tubo me escupió sobre el suelo. Estaba en las alcantarillas de New York: en el culo del ombligo del mundo.

Nadie puede decir que conoce una ciudad hasta haber visitado sus alcantarillas.

Y esto era New York: la meta de los artistas, el corazón financiero del mundo, la musa de Woody Allen… todo eso, visto desde aquí abajo, no significaba nada. La ciudad era mucho más impresionante desde mi punto de vista: toneladas de mierda, litros de excrementos líquidos, riadas de basura orgánica e inorgánica…

Todo esto fue lo que contemplé conforme me iba recuperando de los golpes. Lo primero que hice fue mirar hacia donde había venido, en busca de una vía de escape. El lugar por donde había caído era una jungla cerrada e inexpugnable formada por tuberías, cables, tubos… ¡imposible escapar por allí!

La otra opción era lanzarme al río y nadar.

Permítanme que les explique que las alcantarillas son una reproducción muy fiel del mundo que transcurre unos metros más

arriba. Sólo que, en la calzada, el atasco era de coches y, aquí abajo, de elementos un poco más desagradables, entre los que es posible encontrar cualquier cosa. ¡Cualquier cosa!

Lo único que me restaba era recorrer una de aquellas resbaladizas «aceras» que había a ambos lados del torrente de mierda, esperando encontrar una salida.

Como medida higiénica, cerré mi albornoz y comencé a dar unos pasos, con los pies descalzos, por la acera en la que me hallaba.

En un par de minutos llegué a un cruce. No había semáforos, ni pasos de peatones… pero, al otro lado, me esperaba un abundante rebaño de ratas.

Instintivamente recordé mis anteriores experiencias con estos bichos y, sin poder contenerme, me lancé de espaldas, adhiriéndome a la pared. Un sudor frío comenzó a recorrerme el cuerpo.

Las ratas me observaban como una tribu de antropófagos examinando a un orondo misionero. Retrocedí poco a poco, sin despegarme de la pared, evitando mirarlas y que se considerasen retadas.

Conforme me iba alejando, empecé a recuperar la coordinación. Entonces…

¡¡¡FFSSHHHOOOOOOOOOFFFF!!!

Recibí por la espalda la ducha más asquerosa que os podáis imaginar. Sin darme cuenta, me había detenido ante una de las bocas de desagüe en el momento en que todos los habitantes del rascacielos tiraban a la vez de la cadena.

Helado de chocolate, de fresa, de pistacho, mostaza… ¿Quién iba a notar un nuevo matiz diferente de color? Mi querido y blanco albornoz parecía un alegre estampado hawaiano.

Seguí avanzando, en dirección contraria a las ratas, cuando oí un rumor lejano. Ese tipo de ruidos que, en las películas, anuncia la llegada de un maremoto, de un tifón…

¡Sólo de pensar en la materia prima de «éste» maremoto, la carne se me ponía de gallina!

Agucé los oídos, intentando descubrir la naturaleza del sonido, entre el violento castañetear de mis dientes.

El ruido parecía provenir de un motor, pero… ¿Qué tipo de motor se puede encontrar en semejante sitio? ¿Una trituradora?

¿Una aspiradora? ¿Un electroimán para atraer metales?

La respuesta no iba a tardar mucho en tenerla ya que, al fondo, comenzaba a vislumbrarse una intensa luz que avanzaba por la misma «calle» por la que yo transitaba.

Desapareció unos metros más acá, para volver a reaparecer por una bocacalle más próxima. Mi corazón comenzó a dar saltos de alegría al imaginarse una especie de equipo de salvamento de la Cruz Roja de…

A pesar de que el foco me deslumbraba, pude distinguir la silueta de una Zodiac, uno de esos barcos de goma, hinchables.

Comencé a gritar y a agitar los brazos y la lancha enfiló hacia mí, disminuyendo la velocidad.

Cuando se detuvo, pude ver que iba tripulada por tres individuos que me contemplaban con la boca abierta, sin preocuparse de los millones de virus que podían introducirse en su aparato respiratorio.

Yo estaba tan emocionado que no podía ni articular palabra.

Me limité a observar que iban uniformados y armados con pistolas y subfusiles.

—Hola… —Fue lo único que acerté a decir.

No me contestaron. Por sus rostros deduje que estaban examinándome antes de decidir si era un marciano o un ser humano.

—¿Qué… qué hace usted aquí? —Me preguntó el que iba en la proa de la Zodiac, el que parecía el jefe, sin dejar de apuntarme con su pistola.

—Es muy largo de explicar…

Me miró detenidamente de arriba abajo. Recordé que iba únicamente vestido con mi albornoz.

—¿No pretenderá decirme que estaba en su WC, leyendo el periódico, y que, al estirar la cadena…? —Me preguntó con sorna.

Me reí con ganas. No por su mal gusto haciendo chistes, sino porque ya me sentía a salvo.

—Vamos, suba. —Me dijo con el mismo tono que se emplea para convencer a un loco de que no se suicide desde lo alto del Empire State Building.

Arrimaron el barco, pero nadie me tendió la mano para ayudarme a saltar. Lo comprendí.

El jefe, me señaló uno de los asientos.

—Siéntese ahí. Y procure no hacer ningún movimiento brusco si no quiere…

Agradecí que no me hicieran identificarme. Si en las condiciones en que me habían encontrado, tenía que explicarles mi nombre, dudo mucho que no se desviasen de su ruta para dejarme en un manicomio…

Me senté junto al que llevaba el timón, un pelirrojo de cara divertida, que hizo un mohín de asco al olfatear mi «perfume».

—¡Lo siento! A mí tampoco me gusta… —dije a modo de disculpa.

—¿Cómo ha llegado aquí abajo? —Me preguntó.

Decidí callarme todo lo del francotirador loco. Si no sabían lo que estaba sucediendo allí arriba, les iba a ser muy difícil creerse mi historia.

—Resbalé y… ¡aquí estoy! El Ayuntamiento cada vez coloca peor los cierres de las alcantarillas.

El pelirrojo también me examinó detenidamente. Después señaló el pañol que había junto al motor y me dijo:

—Hace frío aquí abajo. Más valdrá que busque ahí algo con qué vestirse.

Le agradecí su sugerencia y comencé a inspeccionar el arcón. Me apoderé de unas botas de pesca, hasta medio muslo, y de un mono azul, que me coloqué rápidamente…

Entonces me sentí mejor, y en condiciones de hacer preguntas.

—¿Dónde vamos? ¿Quiénes sois?

Únicamente el pelirrojo parecía tener ganas de charlar. Los otros dos seguían vigilando atentamente las tinieblas que nos rodeaban.

—Pertenecemos a un grupo operativo de la policía. Trabajos especiales… ¡muy especiales! Y estamos buscando a una chica que se halla en las cloacas.

—¿Una chica? ¿Aquí? ¿Qué hace?

—Podría ser que preparase un atentado terrorista, que se hubiera caído, que pretenda suicidarse… Los trabajadores municipales son los que la han visto y nos han avisado.

—Y… ¿Por qué no la han cogido ellos? —Pregunté.

—Por los cocodrilos. —Me contestó sin reírse—. Ellos no tienen obligación de enfrentarse con los animales. Sus instrucciones son las

de salir corriendo en cuanto que los vean, y avisarnos a nosotros.

—Un momento… un momento… ¿Quieres decirme que aquí hay cocodrilos?

Me miró como si le hubiera preguntado si Reagan era presidente de los americanos o de los rusos.

—Claro. —Contestó—. Las cloacas de New York están llenas de cocodrilos blancos, de tres o cuatro metros de longitud, y muy voraces.

No sabía si me estaba tomando el pelo, o había caído en manos de una banda de locos peligrosos.

—¿Podrías explicármelo con detalle?

—¡No me digas que no lo sabías! Todo el mundo lo conoce: hace unos años se puso de moda entre los esnobs de la ciudad, regalar cachorros de aligátor de Florida. Al principio hacía mucha gracia verlos andar en las peceras. Después, se comieron los peces, intentaban dar bocados a las manos que les echaban la comida… ¡Se convirtieron en huéspedes peligrosos! ¿Y qué se les ocurrió entonces a todos los gilipollas de
New-York?
Dejarlos caer al WC y tirar de la cadena.

Me sentí muy gilipollas, pero yo hubiera hecho lo mismo si hubiera tenido un cachorro de cocodrilo en mi casa. Claro que también hubiera tirado al que me lo había regalado.

—Lo que pasó, ya te lo puedes imaginar: los cocodrilos crecieron, se multiplicaron, se adaptaron a estas condiciones en las que nos les falta la comida…

Lo comprendí todo: blancos porque al estar aquí la pigmentación de su piel se había mutado, grandes porque no les faltaba la comida…

—Hoy en día, es un peligro circular por aquí: los poceros del Ayuntamiento ya han tenido varias bajas en su plantilla… Hicimos unos gigantescos «safaris» pero siempre se salvaba alguno que se reproduce… ¡Y, cuando suena la alarma, nos toca bajar!

No se me ocurrió añadir nada a la explicación del pelirrojo. Sólo tenía ganas de salir de allí.

Me acordé de todas las malditas personas que me habían aconsejado quedarme a descansar en New York… ¡Nunca me había sucedido tal cúmulo de acontecimientos desagradables, en tan poco

espacio de tiempo!

Relájate, descansa…, me habían dicho. ¿Cómo demonios se hace eso, cuando un loco te tirotea en tu salón, y después te conviertes en un aperitivo para cocodrilos mutantes?

Me distrajo de mis pensamientos la voz del *walkie-talkie* del jefe del «comando»:

—¡Charlie! Contesta… ¿Alguna novedad?

—¡Aquí Charlie! Hemos rescatado a un tipo que dice que se ha caído dentro.

Hubo un silencio al otro lado. Se rompió con una carcajada.

—¿Caído? ¿Quieres decir que se ha zambullido en…?

El jefe debió de detectar mi mirada asesina, ya que añadió.

—Ya te lo contaré luego, con más detalle. ¿Dónde estáis?

—Vamos por debajo de la calle 103, y no hay ni rastro de la chica. Si se ha escondido, es que oculta algo.

—No seas imbécil. Si te persiguieran un par de cocodrilos de media tonelada, tú también procurarías esconderte.

—Vale, «talento». Veo que no estás de buen humor. ¡Hasta la próxima!

—¡Espera! Intenta llamar a central y averigua si hay alguna nueva noticia de la chica. Desde donde yo estoy, no consigo comunicar.

—¡Okay! Te tendré informado.

—¡Hemos de encontrarla pronto! ¡Acelera!

Era muy obediente el piloto. La Zodiac dio un brusco salto hacia delante. El pelirrojo, o sabía muy bien lo que hacía o era un loco peligroso.

Conducía como si se tratase de una fuera-borda de competición, tomando las curvas cerradas, acelerando en las rectas… y levantando gigantescas oleadas de mierda que se estrellaban contra los muros del túnel.

Yo, por si acaso, recogí del suelo un cabo que estaba sujeto a la roda de la embarcación y lo enrosqué en mi muñeca, asiéndolo tan fuerte como pude, para mayor seguridad.

—¡Aquí Charlie 1! Central dice que la chica ha sido vista en el cruce de Lexington con la calle 98. Nos dirigimos hacia allí.

—Nosotros también. —Replicó el jefe de nuestra embarcación.

Bajo el brazo llevaba un pequeño cuaderno de espiral, que era

una mapa de las alcantarillas. Consultó unas páginas y comenzó a dar instrucciones a nuestro piloto.

—¡Toda máquina! ¡En cien metros, giro de noventa grados a babor!

El jefe debía de sentirse como un capitán pirata. Y el piloto no necesitaba de muchos ánimos para hacer locuras.

El jefe se volvió hacia mí, sonriente.

—¿Qué te parece? ¿Alguna vez has viajado tan rápido sobre una alfombra de mierda?

Negué fervientemente con la cabeza.

—¡Tenemos que llegar antes que Charlie 1! —Añadió, para darle fuerzas al piloto.

¡Dioses! Aquellos locos estaban jugando a «carreritas», y yo con ellos.

El pelirrojo, conducía con una extraña sonrisa de satisfacción en los labios. Y el tercero de la tripulación, el más calladito, el que no había abierto la boca hasta aquel momento, lanzaba ¡YUPIS! A los cuatro vientos.

Mi mano se agarraba cada vez más a la delgada cuerda que me permitía soportar los bruscos giros de la Zodiac.

Siempre me ha gustado correr en barca: la brisa del mar, las minúsculas gotitas que te azotan el rostro… No hace falta que les diga que allí no pasaba nada de esto.

Tanto el jefe como el calladito, habían amartillado sus «Colt» Trooper, 357 Magnum, y apuntaban a las sombras. Parecían vaqueros dispuestos a entrar a tiros en el saloon.

Hacíamos tal ruido que, a poca cordura que tuvieran los cocodrilos, estarían huyendo hacia Florida, a toda velocidad. Todo aquello no podía ser otra cosa que una táctica psicológica para infundirse valor.

Nadie nos esperábamos lo que sucedió.

¡BRAAAAMMMMMM!!!!!!

Fue un choque brutal. Charlie 1 nos abordó por estribor. El jefe y el «calladito» se fueron a la mierda. (Y esto, aquí, no es una frase hecha). El pelirrojo saltó sobre Charlie 1, rebotó en la goma y se zambulló de cabeza. Los ocupantes del otro barco, no tuvieron mejor suerte. Yo fui el único que, gracias a la cuerda que sujetaba, no me di un baño.

Los motores seguían rugiendo, Charlie 1 parecía dispuesto a pasar por encima nuestro a cualquier precio, pero al montarnos, su motor se hundió en el líquido, y comenzó a toser y fallar, hasta que se detuvo completamente.

Sin resistencia, «mi barca» avanzó hacia una pared. Yo salté para apoderarme del timón y volver a rescatar a mis compañeros.

—No te preocupes de nosotros… —Oí que me gritaba uno de los tripulantes de Charlie 1. Nos han avisado de que la chica está en peligro. ¡Corre hacia ella! A nosotros vendrán a buscarnos.

No protesté. Sólo se me ocurrieron preguntas:

—¿Dónde tengo que ir? ¿Hay armas? ¿Dónde está la chica?

—Te guiaremos por el *walkie-talkie*… —Me gritó el jefe, a la vez que me arrojaba un aparato dentro de la Zodiac.

Me colgué el comunicador al cuello, y corrí hacia el timón. La barca, sin contar con mi apoyo, estaba alejándose a lo largo del canal.

—Las armas están en el pañol. —Me dijo la voz del jefe—. Coge un subfusil.

Obedecí asustado. Me sentía tremendamente solo. La luz, aquellas débiles bombillas que iluminaban el canal de trecho en trecho, me parecieron tétricas e insuficientes.

—¿Dónde estás, muchacho? —Me interrogó el jefe.

Busqué desesperadamente la numeración del canal por el que avanzaba, o la de alguna de sus bocacalles, pero no conseguía ver nada.

El *walkie-talkie* comenzó a fallar cuando vi que estaba a la altura de la calle 92.

No sé si lo escucharon.

Ni siquiera sé si lo dije.

Porque acababa de desembocar en una «plazoleta».

Y en una pequeña isla, situada en el medio, había una chica, con una diminuta bata blanca, medio destrozada.

Y, trepando a la isla, media docena de cocodrilos blancos, chapoteando y rugiendo desesperadamente.

—¡Tranquila, vengo a salvarte! —Grité yo en el colmo de la locura.

Y me lancé de lleno a la pelea.

CAPÍTULO IV

Desemboqué en la plaza. Sujeté con fuerza el subfusil y decidí hacer una entrada en escena que hubiera hecho palidecer de envidia al mismísimo Johnny Weismuller.

¡¡¡AAAAAAAAA!!!

Detuve los motores a escasos metros de la isla central. La aceleración me llevó hasta mi destino. La Zodiac embarrancó unos metros por encima del agua. Salté de la lancha a escasa distancia de la muchacha. Lo que pasó a continuación puede parecer increíble.

La muchacha, una rubia impresionante, se horrorizó ante mi presencia y se lanzó al agua. Me quedé perplejo. Aunque sin duda mi aspecto no era el mejor, tampoco era precisamente el Yeti. Y, además yo estaba allí para ayudarla.

Los cocodrilos, que habían desarrollado un instinto especial para desplazarse sobre seguro, a pesar de ser ciegos se dieron cuenta inmediatamente de la acción de la muchacha. Dieron media vuelta y chapoteando torpemente se sumergieron en busca de su presa, que por increíble que parezca, se les ofrecía gratis.

Sin pensarlo demasiado me lancé yo también al agua. Un poco más de suciedad ya no importaba.

Al primero de los saurios le sujeté por la cola cuando ya se disponía a hincar el diente a la chica. Claro que eso no resultaba demasiado agradable para él y se revolvió con la insana atención de darme un buen mordisco.

Bracear con Un monstruo de media tonelada resulta difícil, pero si además está dotado de una buena colección de dientes afilados la cosa puede resultar muy peligrosa.

Otro saurio se acercaba, con las peores intenciones, hacia donde nos encontrábamos mi compañero de baile y yo.

Continuaba luchando, le golpeaba con ambas manos sin resultado. Utilizaba las piernas para mantenerme alejado de sus quijadas, pero era evidente que no le provocaba más que cosquillas.

Estaba rodeado. La chica, por lo menos, había reconsiderado su actitud, y aprovechando que aquellas bestias estaban entretenidas pensando cómo deglutirme mejor, había nadado hasta la isla poniéndose momentáneamente a salvo.

Yo tenía serios problemas: mantenerme a flote y esquivar los asaltos brutales de aquellos espantajos blancos que nadaban a mí alrededor.

Uno de ellos se lanzó hacia mí. Me dio el tiempo justo de sujetar con ambas manos sus mandíbulas evitando que las cerrara con mi cabeza dentro. Se desembarazó de mi presa y retrocedió ligeramente. Lo iba a intentar de nuevo. Me adelanté a su acción y esquivé el golpe. Con todas mis fuerzas me abracé a su estómago, enroscándome de pies y manos para situarme fuera del alcance de sus caninos. No pareció gustarle en exceso mi cariñosa actitud y empezó a chapotear de forma terrorífica y a dar unos formidables bandazos para intentar librarse de mi presa.

Con mi abrazo apenas podía abarcar la mitad de aquel enorme corpachón y mi estabilidad era muy relativa. El peligro ahora era otro. ¡Y se dirigía hacia mí como un misil Exocet!

El cocodrilo venía zumbando dispuesto a partirme en dos de un solo bocado. Sujeto como estaba al cuerpo del saurio, vi llegar una enorme boca, orlada de afiladas dagas… unos enormes ojos rojos… una terrible rabia…

Apenas me dio tiempo de soltarme. La boca del «misil blanco» se cerró propinando un extraordinario mordisco al cuerpo de su compañero, justamente en el mismo sitio donde milésimas de segundo antes me encontraba yo.

Vi cómo se agitaba convulsivamente, lanzando chorros de sangre en todas direcciones.

Enfurecido por la muerte de su compañero, el cocodrilo asesino me embistió de nuevo con toda su fuerza.

Yo empezaba a desfallecer. Mi juego de cintura se agotaba y la lucha en el agua estaba a punto de acabar con mis fuerzas. La pugna había sido terrible y ahora podía pagarlo muy caro.

Intenté nadar hasta la isla. Llevaba a aquella bestia pegada a mis

talones. Sentí una terrible presión en ambos pies: me había mordido. Sólo las delgadas suelas de mis botas me protegían ligeramente, pero no podrían soportar mucho tiempo.

Incorporándome hacia adelante le golpeé con ambos puños en los ojos. Me dolían las manos de atizarle con toda la furia de que era capaz. No me soltaba y, sujeto como me tenía, estaba arrastrándome poco a poco al fondo de las cloacas.

Introduje los dedos en sus ojos y le destrocé las rojas pupilas. No cejó en su empeño. Mis pulmones no podían soportar más, sentía una brasa encendida en el pecho y el corazón me latía a toda velocidad.

Aquella bestia estaba apretando con más fuerza, empecé a pensar que si me ahogaba me ahorraría el dolor de sentir cómo las afiladas puntas desgarraban primero mis pies y luego mis piernas.

Estrujé los ojos del monstruo en un último intento. Sentí su dolor, pero se negaba a abrir su maldita boca. Me sacudía como a un muñeco, los latigazos de su cola hubieran podido derribar a un elefante. Perdía el conocimiento… Mis dedos horadaban más y más las cuencas vacías… Salimos a la superficie… Abrí la boca desesperado. Necesitaba todo el aire del mundo.

Era el fin.

Sentí un agudo dolor que se me introducía por la planta de los pies y subía por la columna vertebral para estallar en el cerebro. Adiós, Indiana, adiós.

¡BANG!, ¡BANG!, ¡BANG!

La presión cedió. Vi cómo el segundo cocodrilo se hundía lentamente. Miré hacia la isla: la muchacha empuñaba el subfusil todavía humeante. Me acababa de salvar la vida.

Jadeando, llegué hasta ella. Intenté levantarme y me desplomé. Me sentía roto por completo. Sólo me consolaba haber salvado a una belleza como aquélla.

—¿Se encuentra bien? —Me dijo, mientras sujetaba mi cabeza —. Bueno, he estado mejor en otras ocasiones…, pero… —Todo sonaba innecesario, tiempo habría para explicaciones—. Subamos a la barca, debemos salir de este infierno…

Saqué fuerzas de flaqueza y ayudado por la muchacha me puse en pie.

FFFFRRRRFFRFF…

El *walkie-talkie* que había dejado en la Zodiac todavía funcionaba.

—… oiga. ¿Me oyen…? ¿Qué ha pasado…? ¿Se encuentran bien…? Muchacho… ¿Me escucha…?

Tomé el aparato y me dispuse a contestar mientras contemplaba aquella fascinante rubia, una verdadera muñeca.

—Le escucho, Charlie. —Adiviné un gesto de satisfacción al otro lado—. Estamos bien, estoy con la muchacha… indíqueme el camino de regreso…

—¡Bravo muchacho! Se acaba de ganar una buena medalla. ¡Es usted un valiente! —Esbocé una sonrisa forzada que dirigí a la joven.

—¡Vámonos! Suba a la lancha —mascullé.

Empujé la Zodiac hasta que flotó de nuevo en las aguas hediondas. Tomé el subfusil e indiqué a la joven cuál iba a ser su lugar.

—Colóquese al timón, sujételo con fuerza y procure no darle demasiado gas. Yo iré en la proa atento a cualquier cosa que asome la nariz. Puede haber más de esos bichos al acecho. —Sentencié.

La muchacha obedeció sin decir nada.

Al segundo intento los motores se pusieron en marcha. Recogí el walkie…

—¿Charlie, me oyen…? Estamos saliendo de nuevo por el canal n.º 54…

—Le oímos… siga ese canal y pronto llegará hasta donde nos encontramos nosotros.

Avanzábamos lentamente. El rumor de los motores con sordina rompían una tensa calma.

Escrutaba ávido cualquier ruido extraño, y de reojo dirigía furtivas miradas a la rubia que sujetaba la caña del timón con ambas manos.

Me las prometía muy felices. Estaba harto de aquel New York subterráneo y sólo deseaba regresar a casa y dormir tres días seguidos.

¡¡¡AAAAHHHHHH!!! Un grito de pesadilla me devolvió a la realidad y me hizo bajar de mi nube… ¡¡¡AAAAAHHHHHH!!! El segundo grito consiguió que me pusiera en pie y, al darme la vuelta, la vi…

—¡Dioses! Si todos los animales han crecido tanto… ¡confío que nadie haya tirado un elefante por el WC!

Una serpiente como jamás había visto, fruto de la más demoníaca de las mutaciones, se erguía a mis espaldas en actitud amenazante. Cualquier boa constrictor era una vulgar lagartija a su lado.

Su primer ataque hizo estallar el colchón neumático de la Zodiac que empezó a hundirse. Nos acometió de nuevo. Salté hacia atrás y arrebaté el timón a la muchacha intentando llevar la lancha, que se inundaba por momentos, hacia uno de los muros.

—¡A la acera, rápido, a la acera! —grité—. Conseguí que la lancha chocara contra el muro y empujé violentamente a la rubia que cayó de bruces contra el suelo. Fin té, agachando la cabeza a tiempo de evitar las fauces de aquel horror viviente.

Era ciego, como los cocodrilos, pero como aquéllos no necesitaba de los ojos para saber dónde nos encontrábamos. Retrocedimos buscando una salida desesperadamente.

Emergió de nuevo del agua y como un estilete asesino se lanzó en pos de mi. Conseguí apartarla de un golpe, comprobando que aquel bicho tenía la piel muy dura. Nos enzarzamos en feroz combate. Con las dos manos sujetaba su cuerpo intentando mantener la boca alejada de mi cuello. Estaba enroscándome con gran facilidad. Si me apretaba con sus anillos podía despedirme de la vida.

Antes de que consiguiera atenazarme del todo rodé sobre mí mismo deslizándome al agua, mi intención era alejar aquel engendro de la muchacha…

—¡Corra, corra…! ¡Dese prisa no voy a poder sujetarla durante mucho tiempo! —Le grité desesperado.

Estábamos en el agua. Tal vez podría facilitar la huida de la muchacha con mi acción, pero sin duda, la serpiente era mucho más ágil y rápida. Continuaba aferrado a su cuello, pateándole con furia el cuerpo cuantas veces se me ponía a tiro, con la intención de que no se diera el gustazo de exprimirme como a un limón.

Salíamos a la superficie, volvíamos a sumergirnos. Con una mano mantenía su poderosa cabeza alejada de mí y con la otra le atizaba, sin el menor resultado.

Empezaba a desesperar. La fuerza de aquella bestia era

impresionante. Me empujaba de un lado para otro, me manejaba como si fuera un títere, jugaba conmigo. Estaba consiguiendo enrollarme. Mis intentos por deshacerme de su abrazo mortal eran vanos, estaba agotado. Mantenerme alejado de su cuerpo requería un esfuerzo suplementario debido a su naturaleza viscosa. Era como intentar atrapar con la mano enfundada en un guante de béisbol, un pastel de gelatina. ¡Repugnante!

Nos zambullimos de nuevo. Pretendía llevarme al fondo y yo, por el contrario, pugnaba por alcanzar la acera de la alcantarilla. Me esforzaba por no abrir la boca. La cabeza me dolía como si un *ballet* ruso se empeñara en mostrar sus habilidades a mis precarias células nerviosas. Miles de alfileres se esforzaban por reventarme los tímpanos. Estaba a su merced.

Emergimos de nuevo. Mi espalda golpeó contra la acera.

¡¡AAAAHHHHH!! Los gritos de la rubia, que pese a mis consejos no había huido, me dieron renovadas fuerzas.

Conseguí arrastrarme hasta el interior de la acera con aquel bicho sujetándome. Apuntalé mi cuerpo contra la pared y le lancé una formidable patada… Reculó… y por un momento aligeró su presa. ¡Vana impresión!

Como un kamikaze asesino se lanzó de nuevo. Rodamos de un lado para otro. Sujeté su enorme cabeza deforme y, empuñándola como si se tratara de un martillo pilón, la proyecté contra la pared en un brutal golpe. ¡¡BLAMM…!! Repetí el golpe… ¡¡BBLLAAMM!!, otra vez… y otra… su cuerpo empezó a ceder…

Golpeé de nuevo. Noté cómo perdía sus fuerzas por momentos y, por fin…

Salí de debajo de aquel montón de pulpa sanguinolenta y me dirigí hacia la muchacha.

—¡Vamos, vamos, por ese agujero, rápido! —Le urgía, al tiempo que le indicaba una entrada de apenas medio metro de diámetro.

Cualquier cosa era mejor que permanecer en aquel averno. Entró primero ella. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo sucinto de su vestuario.

—¡Hay luz al final! —me gritó alborozada.

—¡Vamos, vamos! —insistí.

Por fin me tocó mi turno. La cloaca tenía una ligera inclinación, apenas unos grados, y caminar de rodillas no resultaba difícil.

Ciertamente se distinguía un ligero resplandor al final, ¿luz eléctrica?, tal vez…

Aquella aventura tocaba a su fin.

¡¡¡AAAAHHHH!!! Un alarido inhumano atronó mi retaguardia.

Sentí como me arrastraban hacia afuera. Algo se había enganchado en la pernera de mi pantalón. Me di la vuelta…

¡Ahí estaba de nuevo!

Di un estirón, desgarrando la ropa y salí de entre sus mandíbulas. Había perdido parte de su fuerza, pero todavía constituía un peligro.

Se retiró lentamente. Nos estudiamos, como dos púgiles en los primeros tanteos del primer asalto por el título mundial. Ambos nos sabíamos cansados, agotados…

Lo intentó de nuevo. Se arrojó violentamente en un postrer ataque. Con toda su furia. Abriendo su enorme boca de par en par, enseñándome groseramente sus brutales colmillos, capaces de atravesarme la cabeza de arriba a abajo.

¡CLAM! Le encaje la linterna entre sus fauces, empujando con fuerza hacia el interior. Si tenía hambre ya podía entretenerse con alguna cosa. Agitaba su cabezota espasmódicamente, intentando deshacerse de aquel palillo.

No podía quedarme a ver el resto. Volteé, y me apresuré a recorrer el tramo de la alcantarilla que iba a desembocar en otro vertical con una escalera metálica engastada en la pared. La rubia ya había empezado a subir.

—¡Vamos, vamos! —Ahora era ella quien se encargaba de meter prisa.

Llegamos al final. Respiré profundamente. ¡Estábamos vivos!

Faltaba poder abrir la reja que nos cerraba el paso. Me pareció un juego de niños. Hurgué en la cerradura con mi cortaúñas y sentí el ¡CLAC! Más satisfactorio de mi vida.

Era de noche. Y estábamos en un parque que no tardé en reconocer: Central Park.

La paz que reinaba contrastaba con la terrible historia de muerte que acabábamos de protagonizar en las entrañas de New York. Estirado en el césped intentaba recuperar el resuello.

—Quizá ha llegado el momento de que nos presenten, ¿no le parece…? —dijo la chica.

Por un momento me había olvidado de ella, y en condiciones normales resultaba difícil olvidarse de semejante criatura.

—¡Oh!, sí, sí… tiene usted razón. Mi nombre es Indiana James… —dije sin demasiada convicción. Llegaba el turno de los juegos de palabras, bromas chistosas y equívocos habituales.

—Encantada, señor James, y muchas gracias por salvarme la vida. —Replicó ofreciéndome la mano.

Estaba sorprendido, o su buena educación le impedía contestar como realmente lo deseaba, o se pasaba la vida encerrada en una biblioteca sin conocer del exterior más que la parada del metro y la puerta de entrada.

—Creo, ¿señorita…?

—Oh, perdón… Mi nombre es Sally Greenne —el mohín de sus labios al pronunciar la última sílaba fue encantador. Realmente era muy bella.

—Le iba a decir, señorita Greenne, que tal vez debería explicarme cómo diablos llegó hasta las alcantarillas. No creo que las obras del metro… —bromeé.

—¡Oh, no! —me interrumpió—. Realmente es una historia un poco complicada. Yo trabajo en el Medical Research Laboratory y había bajado a buscar muestras de…

No pudo continuar su encantadora historia. Un desgarrador grito humano estremeció la romántica noche de Central Park y nos puso a ambos en pie de un salto.

¡¡¡¡AAAAAHHHHH!!!!

Se trataba de un grito femenino.

—¡Sígame, pero a cierta distancia! —le dije a Sally—. Vamos a ver quién grita de ese modo.

CAPÍTULO V

Corrí en la dirección de donde creí que provenía el grito. La repetición de aquel desesperado aullido me ayudó a encontrar la dirección correcta.

Atravesé a toda prisa un puentecillo que separaba la zona de los campos de golf de un poblado bosque, y llegué hasta los primeros árboles.

En un claro se encontraba el equipo de filmación de una película.

Suspiré aliviado. Todo era una falsa alarma. La normalidad de un día más de trabajo en la industria cinematográfica.

El director, sentado en un sillón de tijeras, parecía tenerlo todo bajo control. La script, en cuclillas al lado del director, con el guión en una mano y un cronómetro en la otra, se preparaba para supervisar la próxima toma.

El trazado de vías, que permite el desplazamiento de la cámara en *travelling*, cruzaba el improvisado plato de lado a lado. Un enjambre de cables se entrecruzaba en todas direcciones. Una furgoneta Wolkswagen hacía las funciones de improvisado camerino.

Y allí estaban también los actores.

La que parecía ser la protagonista era una chica pelirroja, medio desnuda, que estaba atada a una especie de tótem ritual. A su alrededor un par de tipos musculosos, como salidos de un certamen de culturismo, armados de sendos látigos y dagas, esperaban la señal del director para proseguir su trabajo.

El trabajo de maquillaje era espléndido. La chica tenía el rostro tumefacto, la anatomía (por cierto, muy generosa) estaba recorrida por un sinfín de señales de latigazos, como si hubiera sido

salvajemente azotada, y una svástica sanguinolenta decoraba su frente.

Supuse que la filmación iba a continuar porque los técnicos encararon dos de los focos hacia el tótem.

Cuando el director dio la señal, los dos musculitos empezaron a fustigar a la pelirroja como si en ello les fuera la vida. Sin duda eran buenos actores porque la sensación de realismo era estupenda. La chica, que encajaba los latigazos con un verismo fuera de toda duda, profirió otro de aquellos impresionantes gritos cuando uno de los tipos se ensañó en su pecho con la daga.

¡¡¡AAAAAHHHHH!!!

El grito coincidió con la llegada de Sally.

—¡Dioses! Es horroroso… ¿De qué se trata? —Me interrogó—. Creo que debe ser una película de bajo presupuesto —contesté.

Sally echó un vistazo por el hueco que mantenía abierto con el brazo en la espesa maleza. Lo que vio no debió gustarle nada porque se giró hacia mí con el rostro contraído por una mueca de terror.

—¡Oh, oh! —sollozó—. Señor James, no se trata de una película normal. ¡Esos hombres están matando a la chica de verdad! No creo que tarden demasiado en hacerlo.

No entendía nada.

Sally me contó de qué se trataba, mientras mi rostro iba cambiando de la sorpresa al odio.

—Lo que están rodando es una película sadomasoquista para el consumo de millonarios degenerados. En estas películas los actores no son profesionales, sino verdaderos asesinos que acaban con la vida de su infeliz víctima… —No salía de mi asombro, desconocía que existieran ese tipo de películas—… y la chica, probablemente, ha sido secuestrada con la intención de que «protagonizase» la película…

—Pero, pero… ¡eso que me cuentas no puede ser cierto!

—Lamentablemente, sí. De estas películas se hacen muy pocas copias que se distribuyen de forma clandestina en el mercado negro. Resultan un buen negocio.

Eché otro vistazo. La carnicería continuaba: la infeliz muchacha estaba recibiendo un terrible castigo. Aquel par de depravados, excitados por el «trabajo», golpeaban con más furia a la joven.

El cámara tomaba primerísimos planos que luego iban a convertirse en diversión de «distinguidos ciudadanos», capaces de cambiar los destinos del país con sólo mover un dedo.

Una rabia desatada empezaba a anidar dentro de mí.

—Sally, quédate aquí y por nada del mundo te muevas, pase lo que pase. Voy a intentar detener a esos asesinos.

Me disponía a saltar sobre aquellos tipos. No tenía un plan preconcebido, pero algo se me ocurriría. Lo importante era detener aquella matanza gratuita y salvar la vida de la infeliz pelirroja.

Miré una vez más hacia el escenario del crimen y…

Sentí en el cogote el frío círculo del cañón de una pistola.

—¡Ahh! —gritó Sally, sorprendida—. Señor James…

El tipo que me apuntaba era un buen ejemplar de bruto armado. Pesaría sus buenos ciento cincuenta kilos y daba la impresión de poder desmontarte todos los huesos del cuerpo sólo con soplar.

—¡Vamos! —dijo, con voz inexpresiva—. No nos gustan los mirones. Las películas se ven en el cine. ¡Andando!

Con el cañón de su revólver me indicó el camino.

Mi primer intento de entablar un diálogo con aquel hotentote se saldó con un culatazo en la nuca. Momentáneamente estaba fuera de combate.

—¡Tú, ayúdale a levantarse! —Escupió el mameluco dirigiéndose a Sally.

—Señor James, señor James… ¿se encuentra bien?

Mi contestación fue una sinfonía de quejidos.

—¡UUUFFF! ¡AAHH…! —pronuncié mientras me palpaba mi dolorida cabeza.

—¡Andando! —repitió indicándome el camino con el revólver.

Caminamos dando un pequeño rodeo hasta encontrar un paso entre los árboles. La película seguía rodándose. La chica maniatada continuaba recibiendo golpes de todo tipo. No creía que pudiera resistir mucho tiempo.

Nuestra entrada detuvo la filmación.

—He encontrado a este par de curiosos merodeando por ahí… —anunció el tipo de la «Smith & Wesson», sin dejar de apuntarme un instante.

El director se levantó de su sillón y se acercó hacia nosotros.

—Vaya, vaya… así que os gusta el mundo del cine. ¿No? Bueno, bueno, creo que os podremos dar una oportunidad. ¿Verdad, Smokie? —preguntó dirigiéndose al cámara, un tipo bajito y feo, mientras jugueteaba con la rubia cabellera de Sally.

El cámara asintió. Su cara se transformó, expresando una gran alegría.

—¡Una película con tres «protagonistas» puede hacernos de oro! —exclamó presa de excitación—. ¡Nos la quitarán de las manos!

—¡Preparadlo todo! —aulló el director.

No sentía especial inclinación por el trabajo artístico. No me apetecía en absoluto iniciar una carrera en el mundo del cine. Soy un tímido y además, todo el mundo sabe que el cine es mentira.

Claro que convencerles de ello podía resultar tarea más difícil que superar mi timidez.

Sin contar a los dos fornidos flageladores, con cara de no avenirse a razones, y al amigo de la pistola, el equipo de rodaje contaba con el cámara y un par de tipos malcarados que se encargaban de las luces y el utillaje técnico. Eso sin contar con el director, que no parecía un tipo dado al intercambio de opiniones. Quedaba la script, pero no me preocupaba.

—Bueno, amigos, tampoco es para ponerse así. Mi amiga y yo estábamos paseando por el parque y las luces de los focos nos llamaron la atención… —Trataba de avanzar unos pasos, de forma imperceptible, con la intención de ponerme fuera del alcance del tipo del revólver… ¡Es tan atractivo el mundo del cine!

Aquellos desalmados se miraron unos a otros, sorprendidos. En sus caras se esbozó una sonrisa sardónica.

—¡JE, JE, JE…! —rió el director—. Me gusta la gente con sentido del humor. Con ellos da gusto trabajar… JE, JE, JE…

La risotada se generalizó.

Y yo aproveché la ocasión.

Bajé el brazo derecho con fuerza y atrapé la mano que sostenía la «Smith & Wesson», al tiempo que giraba violentamente y le atizaba un directo a la nariz, que se reventó como una granada.

—¡Sally, al suelo! —grité, mientras le daba una patada al arma que se perdía lejos del improvisado campo de batalla.

Los dos sacos de músculos se encaminaron hacia mí con las peores intenciones dibujadas en la cara.

—¡Matadlo, matadlo! —vociferaba histérico el director, sin hacer el menor gesto que denotara su intención de sumarse al festejo.

FFFIIIUUHH, FFFIIIUUUHHH, los dos látigos restallaron en el aire buscándome. Escapé al primero, pero el segundo me dio en el costado doblándome de dolor.

Lo siguiente fue un golpe en la nuca con el canto de la mano. Caí al suelo.

Las dos bestias se aplicaron a patearme los riñones y el estómago. Smokie, el cámara, no quería desperdiciar la ocasión y se encaminó hacia mí con el ánimo de ayudar a sus compañeros. Como si éstos no se bastaran para hacer el trabajo.

Cogí un cable de los muchos que corrían por el suelo y di un fuerte tirón. Smokie, que había cometido la imprudencia de pasar justo por encima en aquel momento, trastabilló y se dio de bruces contra el suelo.

Giré sobre mi espalda y lancé una patada a la rodilla de uno de aquellos tipos que se derrumbó quejándose de forma escandalosa. Me reincorporé y agarré por el pie al otro que continuaba golpeándome, tiré hacia arriba y cayó también al suelo. Ahora era yo el que estaba en pie.

El primero recibió una patada en la cabeza capaz de decapitar a un toro, el pisotón que dirigí a su mano me permitió oír perfectamente cómo se quebraban todos los huesos.

Su amigo ya se había levantado, y caminaba hacia mí blandiendo un foco haciéndolo girar por encima de su cabeza como si se tratara de un sable. Esquivé el golpe y me sujeté a la barra. Aquel tipo tenía una fuerza colosal. Me empujó hacia atrás y me llevó contra la furgoneta. El golpetazo que me di no estuvo nada mal.

Intentaba ahogarme con la barra, empujando más y más, con los dientes aferrados y el rostro contraído por el esfuerzo. Notaba cómo me faltaba el aire. El dolor en la garganta era terrible.

Levanté la rodilla con furia y acerté de lleno entre sus piernas. Aligeró la presión. Repetí el golpe, y empezó a soltar la barra. El tercer rodillazo lo dejó definitivamente fuera de combate.

Smokie se había recuperado. Los dos técnicos, pasada la sorpresa inicial se disponían a entrar en liza: tres contra uno.

Se abalanzaron en grupo. Me dejé caer hacia atrás, amortiguando la caída con las palmas de las manos por detrás de la cabeza, al tiempo que levantaba ambas piernas y propinaba sendas patadas a los dos primeros. Durante algún tiempo no podrían besar a sus novias.

Rodé poniéndome fuera del alcance de la bota de Smokie que seguía empeñado en darme un pisotón.

Ya en pie esperé su nuevo ataque. Aquel muchacho sería muy bueno con la cámara, pero la verdad es que lo suyo no era dar puñetazos. Esquivé fácilmente los dos primeros que me dirigió. Y no le di oportunidad de más. Me lancé contra él y le apliqué un «uno-dos» en pleno rostro. Mi gancho de izquierda al hígado acabó el trabajo.

No tuve tiempo de disfrutar de mi victoria. El bruto que nos había detenido se dirigió hacia mí. Su rostro era una máscara sanguinolenta, pero sus deseos de venganza se distinguían claramente.

Agarró del suelo una de las dagas que se utilizaban en la película y embistió vociferando. Busqué algo con lo que hacerle frente. Nada. Desvié el primer golpe con la izquierda y le propiné un «jab» con la derecha. Lo encajó perfectamente. Tenía la cara como el cemento. Y se estaba enfureciendo por momentos.

Repitió su ataque. Agarré como pude su brazo para impedir que me atravesara. Con la mano libre castigaba mi plexo solar. ¡BOM!, ¡BOM! En un supremo esfuerzo le proyecté hacia atrás. Apenas se movió unos pasos. El tiempo y el espacio necesario para lanzarme con la cabeza por delante como un ariete. ¡BUMM! No se inmutó.

Atacó de nuevo. Realmente era un hombre de ideas fijas. Me hice a un lado, esquivando el vuelo asesino de la daga al tiempo que dejaba el pie para zancadillearle. Cayó al suelo. Aproveché la ocasión para patearlo cada vez que intentaba ponerse en pie. Dejó de intentarlo.

Estaba ya dispuesto a triturarlo cuando el sonido lejano de una suena de la policía me sorprendió.

Di un salto y atrapé al director que ya se escabullía. Aquel tipejo no se merecía la menor compasión. Lo volteé con violencia y le

sujeté por las solapas. Alzarlo en vilo no costó demasiado.

—¡Óigame! ¡Escuche! Le daré lo que me pida… lo que quiera, pero déjeme marchar, por favor… —Estaba temblando y no le faltaba razón, podía destrozarlo con sólo proponérmelo.

El sonido de la sirena había tenido efectos curativos para aquella pandilla, que se levantaban y empezaban a huir.

Seguía manteniendo en vilo al director cuando un golpe por la espalda casi me hizo perder el conocimiento. El mundo se oscureció por un instante y mis manos se negaron a seguir manteniendo sujeto a aquel tipo.

¿Quién había sido?

Di media vuelta y encontré la solución. La script, de quien me había olvidado por completo, sostenía entre sus manos la pesada «Smith & Wesson».

Perdía el conocimiento. La realidad se confundía con el sueño. Escuchaba conversaciones que no conseguía relacionar. Pugnaba por volver, pero seguía cayendo, cayendo…

—¡Muy bien, muñeca… lo has hecho muy bien… mucho mejor que esos brutos…! Vayámonos antes de que llegue la «poli»… Cuando lleguen echaran las culpas a este pipiolo… ¡Vayámonos!

Me recuperé a tiempo de ver cómo corrían y abandonaban en el improvisado plató todos sus pertrechos.

Por un momento dudé, pensé que todo era un sueño, que el golpe en la cabeza me provocaba alucinaciones, que estaba alejado de la realidad. La detonación me devolvió al presente.

Smokie había disparado un tiro a la pobre muchacha que seguía atada al poste con la cabeza inclinada sobre su pecho.

Me acerqué trastabillando. Un borbotón de sangre, como una flor de muerte, salía de su sien izquierda.

La voz de Sally me sorprendió. Me había olvidado de ella y su presencia me había pasado desapercibida.

—¡Vámonos, señor James, por favor, vámonos…! Todo ha sido demasiado horrible… —lloriqueaba—. ¡Nadie nos creerá…!

Tenía razón. Si llegaba la policía y nos atrapaban sería muy difícil hacerles creer la historia que acabábamos de vivir. No podríamos evitar que nos implicaran en aquel crimen.

—Sí, marchémonos Sally. Es lo más acertado…

Corrimos en dirección opuesta a las sirenas de la policía. El

resplandor de las luces centelleantes se aproximaba a toda prisa.

Cuando creímos estar lo suficientemente lejos nos detuvimos a descansar. El ulular había cesado. Sólo el guiño azul de las luces de los coches patrulla nos indicaba que estaban allí.

La noche era muy hermosa. Sentados en el césped nada podía hacer creer que, a unos centenares de metros de donde nos encontrábamos, una historia de sangre y muerte se había desarrollado.

Sally recostó su cabeza en mi hombro.

—Oh, señor James, ha sido terrible…

Le acaricié la mejilla y traté de consolarla.

—Todo ha terminado, Sally… Y, por favor, llámame Indy; así me llaman mis amigos…

Lo mejor que me había pasado en aquel maldito día de vacaciones era conocer a Sally. Daba por buenas todas las peripecias por las que había pasado para poder llegar a este momento. Los dos tumbados en la hierba húmeda de Central Park, los dos pidiendo a gritos, sin decirlo, que el mundo se detuviera para dejarnos vivir un instante en paz.

Algo me inquietó: era una especie de zumbido. Como si tuviéramos cerca un panal de miel. Como si cientos de abejas obreras se afanasen en construir celdas y más celdas. Como si…

¡Dioses! No podía creerlo. Un grupo de alas delta, en perfecta formación, sobrevolaban por encima de donde nos encontrábamos.

Sus cabriolas se sucedían. Volaban en círculo, salían vertiginosas hacia un lado, regresaban a la formación… Todo un espectáculo.

Repentinamente iniciaron un picado… ¡Un picado hacia nosotros!

CAPÍTULO VI

Era como una «carga» de Stukas suicidas, apuntándonos.

Todas las bucólicas imágenes que ustedes puedan recordar sobre el vuelo sereno y majestuoso de los alas delta, quedan hechas trizas, si los ven bajar en picado.

Como cuervos rodeando un apetitoso plato de carroña, comenzaron a dar vueltas en torno a nosotros. ¡Me sobrecogía la ausencia de ruido! Sólo se podía escuchar el siseo del viento contra el nylon de las alas.

En un momento, nos «encerraron» y tomaron tierra amenazadoramente.

Entonces pude contemplarlos.

Vestían de cuero. ¿Comprenden ustedes lo que quiero decir? Correajes, hebillas plateadas que brillaban amenazadoramente en la noche, cadenas, grilletes, pulseras de cuero con clavos incrustados, botas militares, gran cantidad de insignias nazis…

Para evitar confusiones, todos llevaban una camiseta a juego, en la que se podía leer: LOS HEREDEROS DE LA VIOLENCIA.

Era un título demasiado poético para una pandilla de delincuentes como ellos. Intuí que tendríamos problemas, pero intenté no apresurarme en mis deducciones.

Le tendí la mano a un rubito que parecía ser el jefe, a la vez que le decía:

—Bonita noche para volar pacíficamente… ¿Lo hacéis muy a menudo?

El jefe me tomó la mano, estrujó mis dedos como si pretendiera fundírmelos en uno solo, sonrió y dijo:

—Únicamente cuando vamos de caza.

—Y… ¿Qué cazáis?

—Hijos de puta, como vosotros.

Allí había algo que no encajaba. En New York te pueden tirar ante un metro, coserte a puñaladas, o volarte la cabeza con un bazooka, pero el asaltante, nunca se lo toma como algo personal, ni te insulta.

No necesité preguntar nada. El «jefe» ardía en deseos de explicármelo todo:

—¿Os gusta la violencia? Pues os vamos a dar una ración de la misma medicina que vosotros estabais administrando a Erika.

—¿Qué es lo que se supone que hemos hecho? —Pregunté extrañado.

En vez de contestar a mi amable pregunta, el rubito me cruzó la cara con su muñequera.

—¡Las preguntas las hago yo! —chilló histéricamente el jefe.

Decidí atacarle su punto débil: el sistema nervioso. Así que me puse irónico.

—Sólo una pregunta más y te dejo tranquilo: ¿Quién es Erika?

—Era nuestra amiga, una de los nuestros… la más alegre, la más combativa… la primera en la lucha, la primera en la cama…

Aquel chico era un poeta, pero no me aclaraba nada.

—Sí, sí… todo eso está muy bien. Pero yo… ¿de qué la conozco?

Me fulminó con la mirada.

—Es la chica que acabas de matar.

Y como subrayando a su frase, él y sus cinco compañeros, sacaron sus navajas y las abrieron teatralmente.

—¿La chica que esos bárbaros estaban azotando y filmando? ¡Nosotros no tenemos nada que ver con ellos!

Me indicó que me callara con un gesto de la mano.

—Ahora no me digas aquello de que «pasabais por allí»… ¡Nadie pasea por Central Park a estas horas… ni siquiera los asesinos!

Eso era verdad. Por la noche, aquí no entra nadie. Las historias que se cuentan sobre «misas negras», asesinatos rituales, violaciones en masa… son muchas, y a cual peor.

Pero… ¿Cómo podía explicarle que veníamos de las alcantarillas, de luchar con cocodrilos blancos? ¿Le cuento que había caído allí por casualidad, mientras intentaba atrapar a un furioso loco homicida subido en un tejado?

No había absolutamente nada que contar. Al menos, nada que

ellos pudieran creerse.

Mientras pensaba en cómo salir de aquella situación, seis pares de manos se apoderaron de Sally y de mí. A mí me zarandearon, con Sally fueron más tiernos.

—¡Aparta tus sucias manos de mi pecho! —gritaba la chica a uno de los pandilleros que se afanaba en darle un masaje cardiaco.

—¡Ya verás cuando te atemos a un árbol! —le contestó el de las sucias manos. Y luego, volviéndose a su jefe, añadió—: Tú primero.

Sally estaba firmemente sujeta por uno de los pandilleros. Su bata blanca se había abierto demostrando que la chica seguía la moda de hace unos años: el «sinsostenismo». Pude observar que Sally estaba excitada, aunque supuse que sería por el miedo.

Aprovechando que todos la miraban fijamente, levanté el pie y lo clavé en la boca del jefe.

Fue una patada gloriosa: Estaba con la boca abierta y le metí hasta el empeine. Todavía me entran ganas de reír cuando pienso en la variedad de cosas que había pisado en las cloacas y que ahora inundaban su paladar de mil sabores.

Salió despedido hacia atrás. Yo me incliné, volteando a los dos tipos que me sujetaban.

Una vez libre de manos extrañas, me apoderé de uno de los abandonados alas delta y lo blandí contra ellos.

Los tubos metálicos, no eran nada resistentes y se doblaron al primer golpe, pero, al menos, había conseguido tomar la iniciativa.

Dos de ellos cayeron al suelo, cubiertos por la tela. Pateé sus cabezas con más estilo que un jugador de *rugby*.

Sally se dedicaba a chillar, sin hacer nada positivo, así que todavía me quedaban cuatro energúmenos para mí solo.

Un recuerdo a Cassius Clay, otro a Bruce Lee y, el último a la Mula Francis, sirvieron para quedar a solas con el rubio.

Me marqué un farol:

—Menos mal que tienes machete… ¡no me gusta pelear con ventaja!

Se sonrió. Creo que si no hubiera sido por lo absurdo de la situación hubiéramos llegado a ser buenos amigos.

Fue Sally la que rompió el encanto del momento, comenzando a correr.

Era lo más sensato. Me deshice del rubio con un par de golpes y,

viendo que los demás se animaban a participar, decidí seguir los pasos de la chica.

La atrapé en un par de saltos. La tomé del brazo y la guié hacia un bosquecillo, cuyas sombras tétricas, podían ofrecernos un escondrijo.

—¡Han ido por allí! —Oí que gritaba uno de los pandilleros.

Sally y yo recorrimos un buen trecho y, cansados, decidimos escondernos detrás de unos matorrales.

La chica tenía la respiración muy entrecortada por la carrera, y a mí me resultaba difícil apartar la vista del rítmico vaivén de sus pechos.

—¡Cerdo! —me dijo al darse cuenta, a la vez que intentaba inútilmente abotonarse la bata.

¡Tenía gracia la cosa! La salvo de los cocodrilos, de los sádicos, de una pandilla de delincuentes… y no me deja ni darle un vistazo. ¡Para que vayas de galán por la vida!

Escuché las voces de los pandilleros. Parecían alejarse, parecían acercarse, parecían rodearnos… Fueron veinte minutos interminables hasta que nos decidimos a salir.

Yo lo hice en primer lugar, mirando en todas direcciones, para evitar ser cogidos por sorpresa.

Procuramos avanzar entre los árboles, evitando las zonas descubiertas, que pudieran delatar nuestra presencia.

Nunca me había dado cuenta de lo grande que es Central Park, hasta que intenté orientarme. Cuatro kilómetros de largo y ochocientos metros de ancho son mucho espacio para esconderse, pero también son demasiado largos para llegar hasta una salida. Más aún, con el cansancio que arrastrábamos.

Sally se dejaba conducir como un zombi. Yo estoy más acostumbrado a que el cielo se me caiga encima de la cabeza, pero ella… una oficinista de laboratorio…

Fue entonces cuando volví a escuchar ruido de motores. Si antes habían sido campanas de salvación, ahora parecían tocar a muerto.

En cinco minutos aquello se convirtió en un circuito de *cross*: gran cantidad de motos hicieron su rugiente aparición, mientras varias alas delta volvían a sobrevolar el parque.

Los faros delanteros de las motos creaban una escenografía macabra. Me sentí como «ET» al principio de su película.

—Escóndete aquí, y no te muevas. —Le dije a Sally mientras la empujaba detrás de un seto—. No te preocupes, no te voy a dejar sola…

Por la mirada que volví a dirigir a su agitada respiración, la chica comprendió que no pensaba abandonarla.

Subí a un árbol próximo para intentar averiguar el estado del campo de batalla. Trepé todo lo más que pude, hasta situarme bastantes metros por encima del suelo. Entonces miré a los rascacielos que rodeaban el parque, intentando descubrir el punto en el que nos hallábamos.

No me gustó nada lo que vi: casi nos hallábamos tocando el lado superior. Si escapábamos por aquí, iríamos a parar a Harlem.

Lo mejor sería salir por el lado sur. Pero había casi cuatro kilómetros de distancia… y un monten de motos alas delta para impedírnoslo.

La solución vino sobre dos ruedas: un motorista solitario se acercaba hacia donde había dejado a Sally. Temí que la chica comenzara a gritar, delatando nuestra situación.

No tuve más remedio que dejarme caer sobre él: igualito que Tarzán, pero con más mala leche.

El chico cayó al suelo sin lanzar ni un miserable gemido. La moto también cayó de costado, con sus ruedas girando en el vacío.

—¡Corre! ¡Ven aquí! —Le susurré a Sally a la vez que enderezaba la moto.

En menos de cinco segundos cabalgábamos a toda velocidad hacia el sur de Central Park. La chica se agarraba a mí, mientras lloraba desconsoladamente. Sus nervios contenidos acababan de estallar, cuando se imaginaba que ya estábamos a salvo.

Pero no lo estábamos.

Uno de los alas delta se situó sobre nosotros, Sally, que cada vez iba más desnuda, era como un reclamo. No hacía falta ser muy listo, ni tener buena vista para descubrirnos.

En pocos segundos una bengala cayó cerca de nosotros, y el ruido de las motos nos rodeó.

Antes de que pudiera idear ningún plan ingenioso que nos pusiera a salvo, tres vehículos aparecieron delante de nosotros.

Cada una de ellas iba ocupada por dos tipos. Los de delante conducían. Los de atrás, de pie sobre los estribos, volteaban sobre

sus cabezas, unas cadenas metálicas de varios metros de largo.

Di un giro brusco y salimos despedidos en otra dirección. No hacía falta de que le avisara a Sally que se agarrara fuertemente, ya lo estaba haciendo.

Uno de aquellos salvajes utilizó la cadena como unas boleadoras gauchas. Silbando amenazadoramente, los hierros salieron hacia nosotros.

Tuve que hacer un brusco zigzag para evitar que nos golpearan, pero antes de haber recuperado el control de la moto, otra boleadora silbaba por los aires. ¡Había que salir de allí a cualquier precio!

—¿Te gustan los negros? —Le pregunté a Sally.

—¿Por qué lo dices?

—Porque dentro de poco vamos a estar rodeados por unos cuantoˆ. Hemos de escapar por Harlem… Allí no se atreverían a seguirnos estos rubitos…

Sally se aguantó un grito de terror. Yo, comencé a conducir hacia la valla que separaba la «jungla civilizada» de Central Park, de la «cruel selva» del *ghetto* negro.

No tardé en encontrar un punto que nos permitiera salir de allí. Un banco, reposo de caminantes fatigados, completamente destrozado por los gamberros, nos aguardaba a unos pocos metros de la valla.

Las maderas que formaban su asiento, hacían una especie de rampa que teníamos que aprovechar si queríamos escapar.

Una temblorosa mano de Sally surgió por encima de mi hombro, señalando la verja metálica que rodeaba el parque.

—Es muy alta, no conseguiremos pasar… nos vamos a estrellar contra los barrotes…

Sí. Yo tampoco estaba muy convencido de conseguir pasar sobre ella. Lo más fácil era que cruzáramos la verja de la misma manera que una zanahoria atraviesa un rallador.

Pero era tarde para cambiar: ya estábamos «despegando».

CAPÍTULO VII

Fue un salto glorioso. Nuestras ruedas acariciaron la parte superior de las verjas. Un ligero roce nos hubiera catapultado contra el suelo… pero afortunadamente no sucedió así.

El golpe vino cuando tomamos tierra: la moto resbaló sobre el lateral e hizo varios trompos. Sally y yo saltamos disparados en direcciones diferentes. Yo, hacia un bordillo de acera, Sally hacia las piernas de un joven negro que yacía en el suelo.

El negro miró a mi semidesnuda amiga, como si fuera el regalo de Navidad que siempre había soñado.

Yo, atontado por el golpe, grité:

—¡Salvados! —En el preciso instante en que varios negros rodeaban a Sally y se esforzaban por analizar la suavidad de la piel de sus muslos.

—¡Indy…! ¡Socorro! —gritó ella.

Intenté levantarme de un salto y acudir a rescatarla, pero media docena de navajas apoyadas en mi pecho, me lo impidieron.

Era Harlem, y no podíamos esperar ayuda de ningún tipo.

Somos blancos y ellos no.

Tenemos cuenta corriente, y ellos no.

Podemos cruzar tranquilamente los estados del Sur, y ellos no.

Todo está a nuestro favor casi siempre, menos cuando entras en Harlem, y de noche.

Ser blanco es un delito. Estar allí una provocación. Y llevar a una mujer medio desnuda es una locura.

Sólo nos podía salvar un milagro. Y sucedió.

De las verjas que rodeaban a Central Park cayó una lluvia de jóvenes rubios, armados con navajas y cadenas, los que nos habían perseguido dentro.

—¡Son nuestros, sucio negro…! —gritó el jefe—. ¡Déjalos!

No me iba a entretener en esperar a ver quién se quedaba con nosotros. Aprovechando que todos corrían hacia los rubios, yo me acerqué a Sally, la tomé del brazo y la hice incorporarse y comenzar a correr.

—Será peor… —Gruñía la chica—. Si nos escapamos se enfadarán y será peor…

No me entretuve en explicarle la verdad de la vida. Esta chica era de esas que se creen que se puede convencer a unas pandillas de delincuentes de que llevan mala vida y que sería mejor que ingresasen en los *boy scouts*.

No tenía tiempo de nada. Seguramente en un par de minutos, toda aquella zona se iba a llenar de jóvenes ansiosos de aporrearse la crisma con una sonrisa en los labios.

Miré en todas direcciones buscando la mejor forma de escapar.

Y la vi.

Un taxi que se dirigía tranquilamente hacia nosotros. Me extrañó ver a un vehículo allí y en aquella hora. Pero me acerqué a él, pidiéndole a gritos que se detuviera.

No parecía tener muchas ganas de obedecerme, así que salté ante él.

Se detuvo a unos milímetros de mis piernas, gracias a un chirrido de los neumáticos que hubiera hecho palidecer de envidia a una soprano del Metropolitan Opera House. El chófer era un negro con cara de haber salvado la vida a un loco.

—¡Sáquenos de aquí! —le supliqué entrecortadamente.

—Lo siento, hermano. He terminado mi trabajo y voy a mi casa a descansar. Si va en mi dirección…

No. El iba Harlem arriba. Yo intentaba escapar justo en el otro sentido.

—Por favor… ¡Ayúdenos! —suplicó Sally.

Los ojos del taxista se alegraron al ver la respiración agitada de Sally que, dispuesta a escapar como fuera, decidió no cerrar su bata.

El conductor se entretuvo un rato, pero al posar sus ojos en mí, pareció cambiar de opinión.

—Lo siento, no puedo sacarlos de aquí. Voy a mi casa y…

Lo saqué yo del coche: lo tomé por el cuello, lo atraje hacia mí, abrí la puerta, y lo dejé que rodase por el suelo.

Sally no se molestó en pedir disculpas. Antes de que yo me hubiera dado cuenta, ya se había sentado al volante y comenzaba a desplazarse.

—Espérame… —le grité al ver que estaba decidida a huir a cualquier precio, aunque ése fuera yo.

Desganadamente detuvo la marcha para que pudiera saltar al asiento libre.

Después, arrancó como si se tratara del inicio de un *rally*.

¡Hizo muy bien!

Antes de poder decir «¡Bravo!» un montón de motos comenzaron a perseguirnos: las dos bandas. Chicos blancos y negros unidos contra nosotros. ¡Habíamos logrado la tan perseguida integración racial!

—Seguro que los «nazis» le han explicado a los «morenos» que somos sádicos filmadores de películas reales… —Dije yo.

Pero Sally no me escuchaba. Estaba absorta conduciendo, con los ojos fijos en el horizonte y unos gruesos lagrimones que resbalaban por sus mejillas. Lloraba en silencio. Estaba bajo los efectos de un «*shock*».

Yo la dejé hacer. No es bueno «despertar» a nadie a mitad de una carrera a ciento ochenta por hora, sobre todo si va al volante.

Los motoristas nos alcanzaron y rodearon nuestro vehículo, Sally no se inmutó: comenzó a dar volantazos a derecha e izquierda. Y en cada golpe de volante, uno de aquellos chicos se iba a criar malvas. Sin embargo, Sally lo hacía con la misma frialdad con que mataría marcianitos en un videojuego.

Fueron diez minutos dramáticos. No hay nada peor que ir sentado al lado de la persona que conduce. ¿Qué podía hacer yo? Me limité a abrir la puerta bruscamente en un par de ocasiones y deshacerme de dos motos. Pero era Sally la que llevaba todo el peso del combate; ella fue la que frenó para arrojar al tipo que se había subido a nuestro techo, ella quien esquivó los disparos, quien tomó las curvas cerradas, quien zigzagueó…

Diez minutos después, habíamos dejado atrás a nuestros perseguidores y circulábamos a toda velocidad por una avenida semidesierta de tráfico.

—¿Dónde vives? —Le pregunté.

No me contestó: seguía bajo los efectos del «*shock*».

Para entretenerme conecté la radio, pero era imposible escuchar la música: cada pocos segundos se interrumpía por las voces de los taxistas comunicándose entre sí. Aquel coche debía de pertenecer a alguna compañía de «radiotaxis».

—Aquí Frankie… ¿Habéis avisado a la poli?

—Por supuesto que no. Si los cogen los dejarían sueltos en una hora.

—¡Bien hecho! Nosotros nos ocuparemos de ellos. Repíteme las características del coche.

—Es un Ford Granada del 84. Matrícula 7025 PPM.

—¡ES ESTE COCHE!!!! —grité yo desesperadamente.

Sally ni me escuchó, pero yo comencé a sudar…

—Les vamos a quitar las ganas de robar taxis… —Anunciaba Frankie.

Nosotros circulábamos por Lexington, a toda velocidad, hacia el East Village. Y, de repente, Sally frenó en seco, abrió la puerta, se apeó y corrió hacia una casa.

—¿Adónde vas? —pregunté, rascándome la cabeza en el punto en el que me la había golpeado contra el cristal.

Sally no contestó. Oprimió un botón y, cuando se abrió la puerta, desapareció en el interior de la casa.

No me gustó aquello: cuando salvo a alguien varias veces, me gusta que me lo agradezca, y había imaginado varias maneras en que Sally podía haberlo hecho. Algún día averiguaría en qué piso vivía y me acercaría para cobrar mi deuda. ¡Vaya que sí!

Resignadamente, me senté al volante dispuesto a volver, en solitario, a mi casa.

—Aquí Black Bomber —anunció la radio—. He localizado al ladrón, está en Lexington con la calle 39… ¡Voy a por él!

Me giré a tiempo de ver cómo un taxi venía hacia mí a toda velocidad.

Salí disparado hacia delante. No tenía más escapatoria que ir más rápido que él y apearme del coche en cuanto que no me viera nadie.

Pero fue imposible. Por la derecha salieron dos taxis, por la izquierda otro más… en diez segundos me rodearon.

Podía ver sus caras a través de las ventanillas, y puedo aseguraros que no eran los rostros de unas personas dispuestas a

creerse que vienes huyendo de un tirador loco, de los cocodrilos de las alcantarillas, de los sádicos, de una banda de teddy-boys, de Harlem…

Vi como los tres chóferes que me encajonaban alzaban sus pulgares en un gesto de satisfacción.

Aceleré, y ellos aceleraron.

Intenté girar a la derecha, y el que llevaba a ese lado me lo impidió. No lo intenté hacer hacia la izquierda: los dos coches se habían pegado a mí de tal forma que ni siquiera podría abrir las puertas.

Sólo podía hacer una cosa y la hice: frenar en seco.

El de atrás se clavó en mi taxi. Yo aceleré.

Aprovechando su desconcierto, les saqué unos metros de ventaja.

Pero no tardaron en volver a rodearme.

Afortunadamente Greenwich Village es una zona llena de callejones. Todo consistía en encontrar uno por el que no pudiera circular más de un coche…

¡Y lo encontré!

Me zambullí en él con toda la alegría del mundo. Los tres coches que me seguían, tuvieron que hacerlo en fila de uno. Con la mano derecha cogí una llave inglesa del suelo.

Aceleré… y frené.

Mientras salía despedido hacia adelante, golpeé el cristal con la llave inglesa: se hizo añicos, aunque yo le ayudé con mis hombros.

Rodé sobre el capó mientras notaba cómo la sangre fluía de las mil heridas que me habían provocado los cristales.

Rodaba sangriento… pero libre.

Después corrí. Corrí todo lo que pude, pensando en la forma de volver a mi casa. No me atrevía a detener un taxi, tampoco tenía ni un centavo para coger el metro o un autobús…

Así que seguí corriendo hasta que estuve seguro de que nadie me seguía. Entonces, disminuí la carrera y me encaminé hacia mi casa, dando un agradable paseo en la noche neoyorquina…

Fueron dos horas de agradable, interminable, agotador y desesperante paseo.

Cuando llegué a mi portal estaba hecho mierda, y olía como tal.

Comencé a subir las escaleras desganadamente. No quería

imaginarme el estado en que podía encontrar mi apartamento. En las condiciones en las que lo había abandonado, no cabía hacerse muchas esperanzas…

Cuando llegué a mi rellano, me sorprendió el ruido de la puerta de enfrente. Era la vecinita que me había observado extasiadamente cuando se abría mi bata.

Esta vez me observó compasivamente de arriba abajo.

—Creo que antes de ver tu apartamento… necesitas un trago. —Me dijo.

Asentí con la cabeza y me acerqué hacia ella.

Se retiró rápidamente.

—Pero, antes del trago, necesitas una ducha… ¡Vaya olor que haces!

Me abrió más la puerta, mientras decía:

—Dúchate aquí. No creo que puedas hacerlo allí dentro. Te prepararé algo de cena mientras tanto…

Me dejé llevar como un corderito hasta el baño. Tomé las toallas y la bata que me tendía, y estuve bajo el chorro de agua más de media hora.

Necesitaba quitarme, no sólo el mal olor, sino también quería borrar todas las huellas de las experiencias que había tenido en el día de hoy.

¿Descansar? ¿Era esto lo que yo necesitaba? Me parecía más relajante estar peleándome con toda una tribu de cortadores de cabezas del Amazonas, que aguantar veinticuatro horas en New York.

Cuando salí me aguardaban dos sorpresas: la primera era mi vecinita. No sólo había preparado una excelente y abundante cena, también ella se había preparado para el «resopón». Vestía un salto de cama negro, casi transparente que…

No llegué a ver más.

La puerta de la calle se abrió como empujada por un vendaval, y Zenna Davis, mi amiga Zenna Davis del New York Times entró decidida a convertirse en protagonista de la página de sucesos.

Me miró a mí, con la toalla enrollada a la cintura. Miró a mi vecinita con su disfraz de Bunny y comprendí lo que iba a pasar.

—¿Ya se ha acabado tu fatiga? —me preguntó irónica.

No contesté. No dije nada. No hice ni un gesto.

A pesar de eso yo me llevé la primera bofetada.

—¡Muy bien! Yo en tu casa, poniéndote en orden todo aquel desbarajuste… —comenzó a gritar— mientras el señor descansa aquí con esta furcia…

La vecinita le contestó en forma de bofetada.

Zenna argumentó con el puño cerrado.

Después aparecieron los rodillazos, tirones de pelo, patadas… el apartamento estaba quedando peor que el mío.

Yo no tenía ganas de nada.

Salí al rellano. La puerta de mi casa estaba abierta. Me vestí con mi ropa. Busqué el macuto sin éxito. ¿Dónde podía estar? Recordé que era Zenna quien había ordenado mi casa. Así que me dirigí al cubo de la basura…

Allí estaba. Y mi gorra de béisbol.

Los cogí y salí al rellano. Zenna y mi vecina, seguían intercambiando opiniones sobre mí.

No me quedé a escucharías porque estaba muy cansado: NEW YORK ES AGOTADOR, Y MAS AUN, ESTANDO DE VACACIONES.

En la calle paré un taxi y le rogué que me llevara al aeropuerto.

En el mostrador de vuelos internacionales pedí un billete para el primer avión que saliera de la ciudad.

Me dio un pasaje para Hamburgo.

No me importaba el destino. Subí al avión, y me dejé caer sobre mi asiento. A mi lado había un tipo con todos los kilos del mundo encarcelados dentro de un pantalón corto blanco y una camisa estampada con colores chillones.

Mascaba chicle a una velocidad de vértigo. Y se volvió hacia mí, con ganas de pasar una velada en agradable conversación.

—¿Usted también huye de New York? ¡Ya somos dos, amigo! Yo tampoco aguanto demasiado tiempo esta ciudad: me van las aventuras y en New York no las hay. Todo queda reducido a cenar con los amigos, trabajar, ir al cine… ¡yo necesito emociones fuertes!

Ya estaba a punto de dormirme, cuando me despertó un codazo y una risotada de mi acompañante. Se reía de alguna majadería que acababa de decir. No recuerdo cuál.

Estuve tentado de hablarle de cocodrilos, de pandillas de delincuentes, de taxistas… pero no lo hice.

Si quiere saber todas esas cosas… ¡que se gaste siete dólares en

mi próximo libro!

Y me quedé dormido.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver n.º 14 de esta colección: «El filo de un aullido». < <